

Audiolibro Servidumbre Humana W
Somerset Maugham Cap Tulos 107 Al
115

Tenga en cuenta que este contenido está tomado de varias fuentes y de personas que no están relacionadas con www.Ensayo.icu. These texts are not escrito por los escritores profesionales. Servicio de escritura profesional www.Ensayo.icu no es responsable de la gramática u otros errores de ortografía.

Contacto www.Ensayo.icu ¡Y garantizamos que obtendrá un trabajo 100% único en tan solo unas horas!

Texto enviado por - **Amber Ramsey** (*Siloam Springs*) - - - - 107. El encargado demostraba simpatía por Philip. Mister Sampson era un hombre atrayente, y las empleadas solían decir que acabaría casándose con una cliente rica. Vivía fuera de la ciudad y a menudo impresionaba a sus dependientes poniéndose el frac por la tarde, antes de salir. A veces los hombres encargados de la limpieza le veían llegar por la mañana vistiendo todavía el traje de etiqueta y se guiñaban el ojo entre ellos mientras mister Sampson entraba en la oficina para ponerse el stiffelius. En aquellas ocasiones, tras de haber salido de nuevo a tomar una taza de té, mister Sampson, frotándose las manos, bromeaba a su vez con Philip cuando, al regresar, volvía a subir la escalera. Solía decir a Philip que ellos dos eran los únicos empleados que conocían la vida. Después de haber dicho tal cosa, cambiaba de pronto su modo de dirigirse al joven y lo llamaba «mister Carey» en lugar de «viejo amigo», recobrando de nuevo la importancia a que tenía derecho su posición de encargado y estableciendo las debidas distancias. Lynn y Sedley recibían una vez a la semana los periódicos de modas de París y adaptaban los figurines al gusto de su clientela. Ésta estaba formada en casi su totalidad por provincianos demasiado elegantes para contentarse con los sastres y modistos de su localidad, y tan poco conocedores de Londres que no sabían descubrir los almacenes cuyos géneros guardaban la debida relación con los medios de que disponían. Además, eran también clientes algunas artistas de music-hall. —Los mismos modelos de Paquin a mitad de precio —decía el encargado. Tenía un aire persuasivo que acababa por convencer. Mister Sampson se sentía muy orgulloso de su amistad con las principales estrellas, y cuando el domingo iba a comer con miss Victoria Virgo, en su bella casa de Tulse Hill, al día siguiente contaba a todo el personal los detalles de la visita. —Llevaba aquel vestido azul pólvora que le hicimos nosotros. Estoy seguro que no ha dicho a nadie quién se lo ha hecho. Le aseguré formalmente que si no lo hubiese dibujado yo mismo habría creído que se trataba de un modelo de París. Philip no se había fijado nunca mucho en los trajes femeninos. Pero después de algún tiempo empezó a interesarse por ellos desde el punto de vista profesional. Aquello le divertía. Poseía el sentido de los colores mucho más desarrollado que cualquiera de sus colegas, y su estancia en París como estudiante de Bellas Artes le había dado cierto instinto para la línea. Mister Sampson, un ignorante consciente de su incompetencia, pero que tenía la habilidad de saberse aprovechar de las ideas de los otros, pedía siempre a sus dependientes que le dieran sus opiniones cuando dibujaba nuevos modelos. Se dio cuenta muy pronto del valor que tenía la opinión de Philip. Pero era muy celoso de su prestigio y no quería nunca reconocer que aceptaba los consejos de otros. Cuando modificaba un dibujo según le había sugerido Philip, acababa por decir: —Después de todo hemos vuelto a mi primera idea. Un día —Philip hacía ya cinco meses que trabajaba allí— miss Alice Antonia, la famosa cancionista cómica, se presentó a Sampson. Era una mujer gruesa y rubia, demasiado pintada, con voz metálica y el lenguaje de la actriz acostumbrada a sostener relaciones cordiales con el público de café cantante de provincias. Tenía que interpretar una canción nueva y deseaba que mister Sampson crease un traje especial para ella. Insinuante y familiar, Sampson le dijo que estaba seguro de poder satisfacer su deseo. Le enseñó sus dibujos. — ¡No, no, nada de esto! —exclamó la actriz contemplando los dibujos con un gesto de impaciencia—. Quiero algo que deje al público con la boca abierta. —La comprendo perfectamente, miss Antonia —repuso el encargado con sonrisa gentil; pero en su cara apareció una expresión idiota. —No me va a quedar otro remedio que hacer traer el vestido de París. —Eso de ninguna manera, miss Antonia. También nosotros podemos satisfacer sus deseos. Aquí encontrará usted todo lo que podría encontrar en París. Cuando la actriz se marchó, mister Sampson, un poco preocupado, discutió la cosa con

mistress Hodges. Sus ideas para los trajes de café cantante no habían ido nunca más allá de la faldita corta con una franja de encaje y adornos de lentejuelas. Y miss Antonia se había expresado a este propósito de una forma que no dejaba lugar a dudas. — ¡Por caridad! —había dicho—. ¡Todo eso es muy viejo! Mister Sampson propuso una o dos ideas, pero mistress Hodges le dijo francamente que no le parecían indicadas. Fue ella la que tuvo la idea de dirigirse a Philip: —Sabe usted dibujar, ¿verdad, Philip? ¿Por qué no prueba usted? Philip compró una caja de acuarelas de poco precio y aquella noche, mientras Bell, el ruidoso aprendiz, se entretenía con sus sellos sin dejar de silbar las acostumbradas notas, hizo dos o tres dibujos. Recordaba algunos de los trajes vistos en París y combinó un efecto original poniendo juntos los colores más violentos. El resultado le divirtió. Al día siguiente mostró los figurines a mistress Hodges, la cual se quedó un poco sorprendida, pero no obstante se los llevó al encargado. —Se trata de algo fuera de lo corriente. Evidentemente no puede negarse —dijo éste. Se sentía un poco perplejo, pero al mismo tiempo su experta mirada vio que podía sacarse algo de provecho. Para salvar las apariencias sugirió alguna modificación, pero mistress Hodges, dando pruebas de poseer el mejor buen sentido, aconsejó presentar los figurines a miss Antonia tal como estaban. —Con esa mujer, o todo o nada. Es muy capaz de entusiasmarse. —Dirá usted más bien «nada» —respondió Sampson mirando el escote—. Sabe dibujar, pero ¡qué muchacho! ¡Quién sabe por qué no me habría dicho nunca nada! Cuando le anunciaron a miss Antonia, el encargado colocó el dibujo de modo que le saltara a la vista en cuanto entrase. En efecto, miss Antonia lo vio en seguida. —¿Qué es esto? ¿Por qué no me hacen ustedes esto? —Es precisamente un boceto hecho para usted —dijo Sampson con aire distraído—. ¿Le gusta? — ¡Que si me gusta! Es lo mismo que si me preguntara usted si me gusta el champaña con unas gotas de ginebra. —¿Ve usted cómo no hay necesidad de encargar nada a París? Dice usted lo que desea y se le sirve inmediatamente. Se empezó a trabajar el mismo día, y Philip sintió un estremecimiento de satisfacción cuando vio el traje acabado. El encargado y mistress Hodges se atribuyeron todo el mérito, pero al joven no le importó nada, y cuando, en compañía de ellos, fue Philip para ver a miss Antonia, que se lo ponía por primera vez, estaba de excelente humor. Finalmente, respondiendo a las insistentes preguntas de mistress Hodges, Philip contó cómo había aprendido a dibujar; temiendo pasar por presuntuoso en aquel ambiente, no había dicho nada de sus anteriores ocupaciones. La empleada repitió la información a mister Sampson. Éste no dijo nada, pero empezó a tratar a Philip con mayor deferencia, y poco después le hizo dibujar modelos para los clientes de provincias. Los figurines gustaron. Sampson entonces empezó a hablar a sus clientes de un «joven inteligente que había estudiado Bellas Artes en París», el cual trabajaba para él. Poco después Philip, escondido detrás de un biombo, tenía que dibujar de la mañana a la noche. A veces tenía tanto que hacer que iba a comer a las tres, con los rezagados. Philip no pedía otra cosa, ya que sus compañeros de mesa eran pocos y todos estaban demasiado cansados para que tuviesen ganas de hablar. También la comida era mejor. El ascenso de Philip de vigilante a dibujante hizo gran efecto. Fue envidiado. Hasta Harris, el empleado de cráneo alargado que había sido su primer compañero en el negocio y que él había tomado cariño, no pudo esconder su amargura. —El mundo es de la gente afortunada —dijo—. Uno de estos días te veremos convertido en encargado y te tendremos que llamar «señor». Aconsejó a Philip que pidiera aumento, ya que, a pesar del difícil trabajo que le habían encomendado, continuaba percibiendo seis chelines semanales. Pero pedir un aumento era algo delicado. El director tenía un modo irónico de acoger las peticiones de aquel género. — ¡Ah! ¿De veras cree usted valer más? ¿Y cuánto cree usted valer? Sepámoslo. El empleado, con el corazón en la boca, pedía un aumento de dos chelines por semana. — ¡Muy bien! Si cree usted valerlos, los tendrá —y, después de una breve pausa, casi siempre sonreía irónicamente y lanzaba una mirada glacial—. Y tendrá también su despido. Era inútil entonces retirar la petición. No le quedaba otro remedio al peticionario que marcharse. El director pensaba que cuando un empleado estaba descontento no hacía bien su trabajo. Lo mejor era despedir inmediatamente a los que no merecían un aumento. El resultado era que ninguno pedía nunca nada, a menos que estuviera preparado para irse. Philip dudaba. Difería algún tanto de la manera de pensar de sus compañeros de escritorio, los cuales afirmaban que el encargado no podía pasarse sin él. No eran malos, pero su sentido del humorismo era primitivo y si hubiesen persuadido a Philip para que pidiese un aumento y su petición hubiera sido seguida de un despido, la cosa les habría divertido con toda probabilidad. Philip no olvidaba las mortificaciones sufridas cuando buscaba trabajo y no se le ocultaba que no era fácil encontrar un empleo de dibujante. Había centenares de personas que dibujaban tan bien como él. No se atrevió a correr el riesgo. 108. El invierno pasó. De vez en cuando Philip se presentaba en el hospital, procurando que fuera a una hora avanzada con el fin de no tropezarse con ningún conocido. Iba a ver si había llegado alguna carta para él. Por Pascua recibió una de su tío. Fue una sorpresa. El vicario de Blackstable no le había escrito más que cinco o seis veces en toda su vida y siempre por cuestiones de negocios. Querido Philip: Si tienes intención de tomarte unas vacaciones y quieres venir aquí, tendré mucho gusto en verte. He estado muy mal este invierno por la bronquitis, y el doctor Wigram temía que no saliera de ésta. Pero la caja es sólida y, gracias a Dios, me he repuesto

del todo. Tu afectísimo, WILLIAM CAREY. Esta carta irritó a Philip. ¿Cómo creía su tío que vivía él? Ni siquiera se tomaba el trabajo de preguntarlo. Incluso podría haberse muerto de hambre. Pero mientras se dirigía a su dormitorio se detuvo bajo un farol y volvió a leer la carta. La caligrafía no tenía aquella regularidad que la había caracterizado siempre. Era más grande y, además, temblorosa. Seguramente la enfermedad había sacudido al viejo más de lo que él quería reconocer, y aquella misiva expresaba entre líneas el deseo de ver al único pariente que tenía en el mundo. Philip respondió que iría a Blackstable durante quince días en el mes de julio. La invitación le venía bien porque de otro modo no habría sabido dónde pasar sus breves vacaciones. Los Athelny iban a coger el lúpulo en setiembre, pero en aquella época tenían necesidad de él en la tienda, pues era entonces cuando se preparaban los modelos de otoño. En la casa de Lynn el reglamento concedía quince días de vacaciones. Durante este período de tiempo, quien no tenía adonde ir podía continuar haciendo uso del dormitorio, pero en cambio no podía ir a comer. Algunos no tenían amigos en los alrededores de Londres y debido a esto las vacaciones constituían para ellos un fastidioso intervalo, pues habían de comer a su costa y no sabían qué hacer en todo el día debido a la falta de dinero. Philip no había salido de Londres desde su estancia en Brighton en compañía de Mildred dos años antes, y anhelaba el aire libre y el silencio del mar. Durante mayo y junio pensó en ello con tan intenso ardor que cuando por fin llegó el momento de la partida no tenía ya ganas de irse. La última noche, mientras hablaba con el encargado de dos o tres proyectos, Sampson le preguntó de pronto: —¿Cuánto gana usted? —Seis chelines. —No me parece que sean suficientes. Haré, cuando vuelva usted, que le den doce. —Se lo agradezco mucho —repuso sonriendo Philip—. Ciertamente, tengo necesidad de mejorar mi guardarropa. —Si continúa trabajando y no anda demasiado con mujeres, como hacen muchos, me interesaré por usted, Carey. Tiene usted todavía mucho que aprender, pero promete usted de veras, y encontraré la manera de que le den una libra a la semana en cuanto lo merezca. Philip se preguntó cuánto tiempo debería esperar todavía el aumento. ¿Dos años? El cambio operado en su tío le asombró. La última vez que lo vio era un hombre robusto, que se mantenía todavía muy erguido, con el rostro rasurado, lleno y sensual. Ahora le encontraba notablemente avejentado; su piel estaba amarillenta, tenía dos grandes bolsas debajo de los ojos y la espalda curvada. Durante su última enfermedad se había dejado crecer la barba y andaba lentamente. —No estoy muy bien hoy —dijo a Philip, que, recién llegado, permanecía junto a él en el comedor—. El calor me fastidia. Mientras le pedía noticias sobre los asuntos de la parroquia, Philip le examinaba. ¿Cuánto tiempo podría resistir todavía? Un verano caluroso podría llevarle a la tumba. Observó la delgadez de sus manos, agitadas por un continuo temblor. Cuando el vicario se sentó a la mesa, el ama de llaves que estaba con él desde la muerte de tía Louisa, preguntó: —¿Debo dejar que trinche el pollo, mister Philip? El viejo, que hasta entonces había evitado confesar su debilidad, se sintió satisfecho de poder renunciar a aquella prerrogativa. —Por lo visto tienes buen apetito —dijo Philip. — ¡Oh!, sí; como siempre con gusto. Pero estoy más delgado que la última vez que viniste. No me disgusta, pues había engordado demasiado. También el doctor Wigram cree que es mejor. Acabado el almuerzo, el ama de llaves le llevó una medicina. —Enseñe la receta a mister Philip —dijo el vicario—. También él es médico. Quiero que me diga si es la indicada. He dicho a Wigram que ahora que estás estudiando medicina debería rebajarme el precio de las visitas. Su cuenta es terrible. Ha venido durante dos meses y me lleva a diario cinco chelines por cada visita. Es mucho, ¿verdad? Y aún continúa viniendo dos veces todas las semanas; pero quiero decirle que no venga más. Le mandaré llamar cuando tenga necesidad de él. Miró a Philip mientras éste leía las recetas. Se trataba de dos narcóticos. Uno de ellos, según dijo el vicario, servía sólo cuando la neuritis llegaba a ser intolerable. —Tengo mucho cuidado porque no quiero acostumbrarme al opio. No hizo ninguna alusión a los asuntos de su sobrino. Seguramente hablaba tanto de sus gastos para evitar que le pidiera dinero. El médico le había costado mucho y más aún la cuenta de la farmacia. Mientras estaba enfermo había sido necesario encender cada día el fuego de su habitación y el domingo necesitaba un coche para ir a la iglesia, tanto por la mañana como por la tarde. Philip tenía un gran deseo de decirle que no tuviera miedo, que no le pediría que le hiciera ningún préstamo. Pero se contuvo. Tuvo la impresión de que sólo dos cosas le interesaban en la actualidad al viejo: el placer de comer y la avidez del dinero. Era una vejez horrenda. Por la tarde llegó el doctor Wigram, y Philip le acompañó al salir hasta la entrada del jardín. —¿Cómo le encuentra usted? —le preguntó. El doctor no se comprometía nunca dando una opinión decidida cuando podía prescindir de hacerlo. Más que de hacer bien se preocupaba de no perjudicar. Estaba en Blackstable como médico desde hacía treinta y cinco años y tenía fama de ser muy prudente. Muchos enfermos preferían un médico prudente a uno hábil. —Regular —respondió el doctor Wigram a la pregunta de Philip. —Pero ¿tiene algo grave? — ¡Por Dios, Philip! Su tío no es ya ningún jovencuelo. Y la sonrisa del doctor pareció decir, sin embargo, que después de todo no era tampoco un viejo. —Me parece que teme usted algo en el corazón. —En realidad, no estoy muy contento del corazón —arriesgó el doctor—. Debe tener cuidado, mucho cuidado. Philip tenía en la punta de la lengua la pregunta: «¿Cuánto tiempo puede todavía vivir?», pero le pareció una indelicadeza. En estas cosas el decoro exige una

perífrasis, si bien el doctor debía estar acostumbrado a la impaciencia de los parientes del enfermo. Sonriendo de su propia hipocresía, Philip bajó los ojos. —Creo que no habrá ningún peligro inmediato, ¿no es verdad? Éste era el género de preguntas que el doctor detestaba. Se da un mes de vida al enfermo y la familia se prepara para la pérdida. Si en lugar de ocurrir esto el enfermo vive, se siente rencor contra el médico por haberse preocupado más de lo necesario. Por otra parte, si el médico dice que puede vivir un año y en lugar de ello muere una semana más tarde, la familia dice que el médico no sabe nada, y todos piensan en el afecto que habrían demostrado al difunto si hubiesen sabido que su fin estaba tan próximo. El doctor Wigram hizo el gesto de lavarse las manos. —No creo que haya ningún peligro mientras... , mientras permanezca en su estado actual —declaró al fin—. Sin embargo, no debemos olvidar que ya no es un jovencuelo. La máquina está cansada. Si supera el período de los grandes calores no veo por qué no pueda durar hasta el invierno. Y después, si el invierno no le fastidia mucho, no me parece que estemos en el caso de pensar en lo peor. Philip volvió al comedor donde su tío permanecía sentado. Con su gorro y un chal de punto sobre los hombros resultaba grotesco. Tenía los ojos fijos en la puerta, y cuando Philip entró le miró inquieto. Philip comprendió de pronto que el viejo tenía miedo a la muerte. Dominado por una súbita vergüenza, miró a otro lado involuntariamente. La debilidad de la naturaleza humana siempre le producía turbación. —Ha dicho que te encuentras mucho mejor. En los ojos del pastor brilló un rayo de alegría. —Tengo una constitución excelente —dijo—. ¿Y qué otra cosa te ha dicho? —añadió suspicaz. Philip sonrió. —Ha dicho que si te curas no hay razón que se oponga a que vivas cien años. —No puedo aspirar a eso, pero no veo por qué no puedo llegar a los ochenta años. Mi madre murió a los ochenta y cuatro años. En la mesita colocada junto al sillón de mister Carey estaba la Biblia y el grueso libro de oraciones de que se servía desde hacía tantos años. El vicario extendió una mano temblorosa y cogió la Biblia. —Los antiguos patriarcas llegaban a una edad avanzada, ¿no es verdad? —preguntó emitiendo una risita en la que Philip notó una especie de tímido deseo de que le animaran. El viejo se aferraba a la vida. Sin embargo, creía implícitamente todo lo que le había enseñado la religión, no abrigando la menor duda sobre la inmortalidad del alma y creyendo a pie juntillas que se había portado lo suficientemente bien para irse derecho al paraíso en cuanto muriera. ¿A cuántos moribundos, durante su larga carrera, había tenido que suministrar los consuelos religiosos? Era como el médico a quien no benefician sus recetas. Philip se hallaba desconcertado ante aquel ávido apego a la tierra. ¿Qué terror sin nombre se escondía en el fondo de aquel viejo espíritu? Al joven le hubiera gustado penetrar dentro del alma de su tío para poder contemplar el tremendo terror que ante lo desconocido se apoderaba de ella, según sospechaba. Pasados los quince días, que transcurrieron rápidamente, Philip volvió a Londres. El mes de agosto fue en extremo caluroso. Tras el biombo de la sección de «Confecciones», y en mangas de camisa, se pasaba todo el día dibujando. Los empleados partían por turnos a sus vacaciones. Por la noche se marchaba Philip a Hyde Park y escuchaba la banda. Su nuevo trabajo, al que ya se había habituado, le cansaba menos que el anterior, y su espíritu privado de alimento durante tanto tiempo, buscaba una actividad. Hacía muchos proyectos para el porvenir. Pensaba muy poco en el año de estudios que aún le faltaba para acabar la carrera y en cambio se extendía en proyectos sobre el viaje que esperaba efectuar por España y que aguardaba con tanto deseo. Pedía libros que hablaran de España en la biblioteca gratuita y los leía ávidamente. Conocía por fotografías el aspecto de cada ciudad. Se veía ya paseando en Córdoba, sobre el puente del Guadalquivir, o bien por las calles que el misterioso pintor llamado El Greco guardaba para él. Athelny jugaba al mismo juego que el joven, y las tardes de los domingos confeccionaban entre los dos cuidadosos itinerarios para que Philip no dejara de ver nada de lo que era digno de ser visto. Para calmar su impaciencia, Philip empezó a aprender el español, y todas las noches, en el desierto salón de Harrington Street, pasaba una hora haciendo ejercicios de gramática y devanándose los sesos con ayuda de una traducción inglesa sobre las magníficas frases de Don Quijote. Athelny le daba lección una vez a la semana y Philip iba aprendiendo frases indispensables para el viaje. Mistress Athelny se reía de ellos. — ¡Estáis frescos con vuestro español! ¿Por qué no hacéis algo más útil? Pero Sally, que era ya una señorita —para Navidad se recogería el pelo—, permanecía a veces junto a ellos y escuchaba con enorme seriedad a Philip y a su padre cuando cambiaban frases en aquella lengua que no comprendía. Para ella su padre era el hombre más extraordinario del mundo, y juzgaba a Philip a través de la opinión de Athelny. —Papá quiere mucho a tío Philip —decía a los hermanos y a las hermanitas. Thorpe, el mayor de los varones, había alcanzado ya la edad necesaria para entrar en el barco escuela Aretusa. Athelny describía a su familia el magnífico aspecto que tendría el muchacho cuando volviera de vacaciones. Cuando Sally tuviera diecisiete años entraría como aprendiz en casa de una modista. Con su manía retórica, Athelny hablaba de los pajaritos que ya eran capaces de volar y que se marchaban del nido. Luego, con lágrimas en los ojos, afirmaba que el nido estaba siempre dispuesto a acogerlos. Encontrarían comida disponible en él, y su corazón de padre no se cerraría nunca ante las preocupaciones de sus hijos. —Hablas por hablar, Athelny —le dijo su mujer—. ¿Qué preocupaciones quieres que tengan si van por el camino que deben? Permaneciendo honrados y no teniendo miedo a trabajar, encontrarán

siempre algo que hacer. Tal es lo que yo pienso y te aseguro que no me sentiré del todo disgustada el día en que tenga la certeza de que el último de ellos es ya capaz de ganarse la vida. Mistress Athelny empezaba a resentirse de las muchas fatigas pasadas y de las constantes preocupaciones. Por la noche le dolían de tal modo los riñones que se veía obligada a sentarse para descansar. Su ideal doméstico hubiera sido tener una criada para los trabajos más pesados y poder así permanecer en la cama hasta las siete. Athelny agitaba su bella y blanca mano. — ¡Ah, mi querida Betty! Merecemos el agradecimiento de la patria tanto tú como yo. Nueve hijos y todos saludables. Los varones servirán al rey, las mujeres aprenderán a cocinar, y cuando les llegue la hora tendrán hijos sanos —se volvió hacia Sally y, para consolarla de aquel contraste, añadió en tono grandilocuente—: Soldado es todo aquel que se mantiene firme. Desde hacía algún tiempo, Athelny había añadido el socialismo a las otras teorías contradictorias que sostenía con fervor, y solía afirmar: —Si viviésemos en un estado socialista tendríamos los dos una buena pensión, Betty. — ¡Oh, no me hables de los socialistas! Son un grupo de harapientos que les sacan lo poco que ganan a los que trabajan. Yo sólo digo «dejadnos en paz». Y que ninguno se meta en mis cosas. Intento pasar lo mejor posible esta triste vida... — ¿Dices que la vida es triste? Nada de eso. Hemos tenido altas y bajas. Hemos sido siempre pobres, pero la cosa valía la pena. Lo repito cien veces cuando veo a mis hijos. —Sigues hablando por hablar, Athelny —y la mujer alzó los ojos para mirarle, sin cólera, pero con calma irónica—. A ti te ha tocado la parte agradable en lo que se refiere a los hijos. Pero yo he tenido que echarlos al mundo y luego soportarlos. Los quiero mucho, pero ha sido un trabajo muy fatigoso. Philip pensó en los millones de personas para los que la vida, sin belleza ni fealdad, no es más que una continua fatiga que es necesario aceptar como se aceptan los cambios de las estaciones. Experimentó un acceso de ira; todo le parecía inútil. No lograba todavía reconciliarse con la idea de que la vida no tenía ningún significado. Sin embargo, todo lo que veía y todos sus pensamientos hacían más sólida aquella convicción. Pero su desesperación era alegre. Precisamente por estar privada de significado, la existencia ya no le parecía tan terrible, y creía poderla considerar poseído por un extraño sentimiento de fuerza. 109. Llegó el invierno. Philip había dejado su dirección a mistress Foster, el ama de llaves de su tío, y pasaba una vez por semana por el hospital esperando recibir noticias. Una tarde vio escrito su nombre en un sobre con una letra que esperaba no ver nunca más. Experimentó una sensación extraña. Durante algunos momentos le fue imposible decidirse a coger la carta. Le evocaba recuerdos demasiado penosos. Pero al fin, irritado contra sí mismo, rompió el sobre. 7, William Street Fitzroy Square. Querido Phil: ¿Puedo verte un minuto o dos lo más pronto posible? Estoy muy preocupada y no sé qué hacer. No se trata de dinero. Tu afectísima, MILDRED. Rompió la carta en pedacitos y al salir a la calle los dispersó en la oscuridad. — ¡Que se vaya al diablo! —murmuró. Ante la idea de volverla a ver, invadía su corazón un sentimiento de repugnancia. ¿Qué le importaba a él lo que pudiera ocurrirle? Todo lo tenía bien merecido. Pensó en ella con odio. El amor que había sentido por aquella mujer aumentaba su aversión. El recuerdo le producía náuseas. Al atravesar el Támesis había logrado apartarla de su pensamiento. Fue a acostarse, pero no pudo dormir. ¿Qué podía querer de él? No podía apartar de sí la idea de que estaba enferma o hambrienta. Si no se hubiese encontrado entre la espada y la pared no le habría escrito. Enfadado consigo mismo por su propia debilidad, comprendió que no tendría paz hasta que no la viera. A la mañana siguiente escribió una tarjeta y la echó al correo mientras se dirigía a los almacenes. En los términos más fríos que pudo le dijo que sentía saber que se encontraba en un aprieto y que iría a verla aquella noche a las siete. Era una casita miserable de una calle sórdida. Cuando, disgustado ante la idea de verla, preguntó si estaba en casa, temió por un momento que se hubiese cambiado de pensión. Aquella pensión era una de esas en la que los huéspedes cambian muy a menudo. No había mirado el matasellos y por lo tanto no sabía cuántos días había estado la carta esperándole. La mujer que le abrió no respondió a su pregunta, sino que le precedió silenciosamente por el corredor, y llegados al fondo, llamó en una puerta: — Mistress Miller, un señor pregunta por usted. Mildred entreabrió la puerta y, recelosa, sacó la cabeza. — ¡Ah!, eres tú, entra. Cerró la puerta tras él. La habitación era pequeña y estaba tan desordenada como todos los lugares donde ella vivía. En el suelo había un par de zapatos sucios. Sobre la cómoda se veía un sombrero adornado con ricillos postizos y sobre la mesa una blusa. Philip buscó donde poder dejar el sombrero. La percha colocada detrás de la puerta estaba llena de faldas y Philip notó que sus bajos estaban llenos de barro. —Siéntate —dijo la joven sonriendo confusamente—. Te quedarías asombrado al recibir mis noticias, ¿no es verdad? — ¿Cómo estás tan ronca? ¿Te duele la garganta? —Sí, desde hace algún tiempo. Philip no habló, esperando que la joven le explicase por qué había deseado verle. El aspecto de la habitación decía claramente que había caído más bajo todavía que cuando él la recogió. Se preguntó dónde podía estar la niña. Había una fotografía sobre la chimenea, pero en la habitación nada daba idea de la presencia de una niña. Mildred había hecho una pelota con el pañuelo y se lo pasaba de una mano a otra. Philip se dio cuenta de que estaba muy nerviosa. Tenía los ojos fijos en el suelo y Philip pudo observarla sin tropezar con su mirada. Estaba mucho más delgada que cuando la dejó. La piel, amarilla y seca,

aparecía tirante en los pómulos. Se había teñido el cabello de rubio, lo que acentuaba su vulgaridad y transformaba bastante a la antigua Mildred. —Me puse muy contenta cuando recibí tu tarjeta —dijo finalmente—. Me había asaltado la duda de que ya no estuvieses en el hospital. Philip no respondió. —Me figuro que ya has acabado la carrera. —No. —¿Cómo es eso? —No estoy en el hospital. Tuve que renunciar a la medicina hace dieciocho meses. —Eres voluble. Cambias de idea continuamente. Philip permaneció en silencio otro momento, y cuando volvió a hablar lo hizo en tono glacial. —Perdí lo poco que me quedaba en una desgraciada especulación y no pude continuar mis estudios. Tuve que resolverme a ganarme la vida lo mejor que me fuese posible. —¿Y qué haces ahora? —Trabajo en unos grandes almacenes. —¡Oh! Mildred le lanzó una mirada rápida y volvió la vista a otro sitio. Philip creyó verla enrojecer. —Pero no habrás olvidado la medicina, ¿no es verdad? Hablaba nerviosamente, a golpes. —No del todo. —Por eso deseaba verte —su voz bajó hasta convertirse en un ronco murmullo—. No sé lo que tengo. —¿Por qué no vas al hospital para que te vean? —No me gusta que estén todos los estudiantes a mi alrededor mirándome. Y luego tengo miedo de que me retengan. —¿Qué molestias tienes? —preguntó fríamente Philip; repitiendo la frase estereotipada. —He tenido una erupción y no consigo verme libre de ella. Philip tuvo un estremecimiento, producido por el sobresalto, y su frente se cubrió de sudor. La condujo hacia la ventana para observarla mejor. De pronto se encontró con su mirada: sus ojos estaban llenos de miedo. Producían una sensación terrible. La joven estaba aterrada. Le miraba suplicante, no atreviéndose a pedir una palabra de consuelo, aunque con todos los nervios en tensión y dispuesta a recibirla si llegaba. Philip no tenía ninguna que ofrecerle. —Temo que estés verdaderamente enferma. —¿Y qué es lo que tengo? Philip se lo dijo y ella se puso mortalmente pálida. Sus labios palidieron y se echó a llorar desesperadamente. Primero sin hacer ruido y luego con sollozos violentos. —Me disgusta mucho —dijo por fin Philip—, pero no puedo ocultártelo. —No me queda otro recurso que envenenarme y acabar. Philip no prestó atención a aquella amenaza. —¿Tienes dinero? —le preguntó. —Seis o siete libras. —Debes dejar esta vida. ¿No te sería fácil encontrar trabajo? Yo no puedo ayudarte más. Tengo sólo doce chelines a la semana. —¿Qué quieres que haga ahora? —Buscar un empleo cualquiera. Le explicó el peligro que corría y, sobre todo, el peligro a que exponía a los demás. Mildred le escuchaba con expresión tétrica. Philip intentó consolarla y finalmente obtuvo de ella una aquiescencia, dada de mala gana, y la promesa de seguir sus consejos. El joven hizo una receta para que se la despachara el farmacéutico cercano y le recomendó que tomase la medicina con la máxima regularidad. Al ponerse en pie para irse le tendió la mano. —No te preocupes. El dolor de la garganta se te quitará pronto. Fue a salir, pero Mildred le cogió por el abrigo, con el rostro desfigurado de súbito por el miedo. —No me dejes —gritó con voz ronca—. Tengo miedo. No me dejes sola, Philip, te lo ruego. No tengo a nadie en el mundo y tú eres el único amigo que yo he tenido en mi vida. Philip se dio cuenta de que el terror de aquella criatura se parecía singularmente al que había leído en los ojos de su tío cuando sentía miedo a morir. Por dos veces había entrado aquella mujer en su vida y la había llenado de dolor. No tenía ningún derecho sobre él y, sin embargo, un extraño sufrimiento, del que no hallaba la razón, se posesionaba del corazón del joven, el mismo que no le dejaba en paz desde que recibió la carta de ella. «Creo que no conseguiré nunca librarme completamente de ella», pensó. Lo que le dejaba perplejo era el extraño disgusto físico que experimentaba ante la presencia de aquella mujer. —¿Qué quieres que haga? —le preguntó. —Vamos a cenar juntos; pagaré yo. Philip titubeó. Se dio cuenta de que la joven trataba de entrar nuevamente en su vida, de la que la creía apartada para siempre. Mildred le observaba con ansiedad. —¡Oh!, sé que te he tratado de un modo indigno. Pero no me dejes sola ahora. Estás vengado, ¿comprendes? Si me dejas ahora no sé lo que haría. —Perfectamente. Vamos, pues. Pero es necesario hacer las cosas económicamente. No tengo dinero para tirar. Mildred se sentó para cambiarse los zapatos. Luego se puso otra falda y el sombrero. Salieron y caminaron hasta que encontraron un restaurante en la Tottenham Court Road. Philip había perdido la costumbre de comer a aquella hora, y Mildred tenía tan inflamada la garganta que le costaba tragar. Tomaron un poco de jamón y Philip bebió un vaso de cerveza. Estaban sentados el uno frente al otro como tantas veces en el pasado. ¿Quién sabe si Mildred se acordaba? No encontraban nada que decirse y hubieran permanecido en silencio si Philip no se hubiese esforzado en hablar. A la cruda luz de las lámparas que iluminaban el local, lleno de vulgares espejos que lo reflejaban hasta el infinito, Mildred le pareció vieja y extenuada. Hubiera querido preguntarle por la niña, pero no se atrevió. Fue ella la que le dijo: —¿Sabes que la niña murió el verano pasado? —¡Oh! —Podrías decir por lo menos que lo sientes. —No lo siento. Estoy muy contento. Mildred le miró y comprendiendo lo que él había querido decir, miró a otro sitio. —La querías tanto antes... ¿Te acuerdas? Siempre encontré cómico que quisieras tanto a la hija de otro. Después de cenar pasaron por la farmacia para retirar la medicina que Philip había encargado. Luego regresaron a casa de Mildred, donde él la obligó a que se la tomara. Permanecieron juntos hasta la hora en que él tenía que irse a acostar. Se había aburrido soberanamente. Siguió viéndola todos los días. La joven tomaba la medicina y seguía sus indicaciones. Bien pronto los resultados fueron tan visibles que dieron a Mildred una

gran fe en la destreza de Philip. Al mejorar de salud recuperó un poco de valor. Empezaba a hablar con más seguridad. —En cuanto encuentre un empleo estaré bien. Ha sido una dura lección, pero la aprovecharé, te lo aseguro. Basta de trotar de un sitio a otro y de ser una mujer de la vida. Cada vez que la veía, Philip le preguntaba si había encontrado trabajo. Ella le respondía que no se preocupara. Encontraría algo en cuanto quisiera. En su arco había bastantes cuerdas. Pero era mejor descansar todavía una semana o dos. Philip tuvo que convenir en ello. Pero pasado aquel período volvió a insistir. Mildred se le rio en la cara; estaba mucho más alegre ahora y le decía que era un tipo cómico. Le contaba minuciosamente sus coloquios con las directoras de los locales. Se le había metido en la cabeza encontrar trabajo en un restaurante. Pero todavía no había decidido nada. Estaba, sin embargo, segura de que encontraría trabajo al principio de la semana siguiente. No había prisa y hubiese sido una tontería aceptar un empleo poco a propósito. —Es absurdo hablar así —respondía Philip con impaciencia—. Debes aceptar lo que te salga. Yo no te puedo ayudar y tu dinero no durará eternamente. — ¡Oh!, todavía no estoy en las últimas. Puedo esperar. Philip le dirigió una mirada penetrante. Desde su primera visita habían pasado tres semanas y Mildred poseía entonces menos de siete libras. Le asaltó una sospecha. Recordó algunas de sus frases. Reconstruyó las conversaciones. Seguramente ni siquiera había buscado un trabajo cualquiera; sin duda le había mentado siempre. Lo cierto era que resultaba extraño que aquel dinero durase tanto. — ¿Cuánto pagas de alquiler? — ¡Oh!, mi patrona es muy amable. Distinta de todas las demás. Está dispuesta a esperar todo lo que sea necesario. Permanecieron en silencio. Su aspecto era tan horrible que el joven títubeó. Era inútil preguntarle: habría negado. Si quería saber la verdad debía descubrirla por sí mismo. Solía dejarla por la noche hacia las ocho, y cuando oyó dar la hora se levantó. Pero en lugar de regresar a Harrington Street se apostó en la esquina de Fitzroy Square de modo que pudiese ver a todos los que pasaran por William Street. La espera le pareció interminable y ya se marchaba cuando vio abrirse la puerta del número 7 y apareció Mildred. Retrocedió en la oscuridad y permaneció inmóvil observándola. Llevaba aquel sombrero lleno de plumas que el joven había visto en su habitación y lucía un vestido demasiado vistoso e impropio de la estación. La siguió lentamente hasta Tottenham Court Road. En la esquina de Oxford Street se detuvo la joven, miró alrededor y atravesó la calle en dirección a un café cantante. Philip la alcanzó y la tocó en el brazo. Vio que la joven estaba maquillada y tenía pintados los brazos. — ¿Adónde vas? La joven se sobresaltó al oír su voz y enrojeció, como siempre que la sorprendían en pleno embuste; luego el relámpago de cólera que Philip conocía tan bien apareció en sus ojos mientras instintivamente buscaba la manera de defenderse por medio de la injuria. Pero no pronunció las palabras que tenía en los labios. — ¡Oh! Iba a ver el espectáculo. Me llena de melancolía quedarme sola todas las noches. Philip ni siquiera fingió creerla. —No debes hacerlo. ¡Santo Dios! Te he dicho cincuenta veces lo peligroso que es. Debes dejar este género de vida. — ¡Dejarlo! —gritó Mildred ásperamente—. ¿Con qué crees que vivo? Philip la cogió por un brazo y sin pensar en lo que hacía intentó llevársela. —Por el amor de Dios, ven. Deja que te lleve de nuevo a tu casa. No sabes lo que haces. Es un delito. — ¿Crees que me importa? Tanto peor para ellos. Los hombres no han sido tan buenos conmigo como para que yo me preocupe ahora por ellos. Rechazó al joven y acercándose a la taquilla entregó el importe de un asiento. Philip llevaba en el bolsillo tres peniques. Imposible seguirla. Bajó de nuevo lentamente por Oxford Street. —No puedo hacer nada —dijo entre sí. Era el fin. Nunca más volvió a verla. 110. Aquel año el día de Navidad caía en jueves; los comercios cerraban durante cuatro días. Philip escribió a su tío preguntándole si podía ir a pasar las breves vacaciones con él. Mistress Foster le respondió. Mister Carey no tenía ánimos para escribir, pero se sentía muy contento de ver a su sobrino. Cuando Philip abrió la puerta, mistress Foster le dijo: —Le encontrará usted muy cambiado de cuando vino la última vez. Pero debe hacer como si no se diera cuenta. ¡Me inspira tanto temor su salud! Philip asintió y la mujer le acompañó al comedor. —He aquí a mister Philip, señor. El vicario de Blackstable ofrecía en verdad mal aspecto. No cabía engañarse contemplando sus mejillas hundidas y su cuerpo encogido. Permanecía sentado y como acartonado en un sillón, con la cabeza echada hacia atrás y un chal sobre los hombros. No podía andar sin apoyarse en dos bastones y sus manos temblaban de tal modo que se le hacía difícil comer. «No puede durar mucho», pensó Philip observándole. — ¿Cómo me encuentras? —le preguntó el vicario—. ¿Te parezco cambiado desde la otra vez? —Te encuentro mejor que el verano pasado. —Era el calor. Me produce siempre molestias. La historia del vicario en los últimos meses se reducía al número de semanas que había pasado en su dormitorio y a las que había pasado en la planta baja. Tenía al lado una campanilla y mientras hablaba la hizo sonar para llamar a mistress Foster, que estaba sentada, en la estancia vecina. Quería que su ama de gobierno le dijese cuándo había abandonado el dormitorio. —El siete de noviembre, señor. Mister Carey miró a Philip para ver cómo tomaba aquella información. —Pero como siempre bien, ¿no es cierto? —Sí, tiene usted un magnífico apetito. —Pero no engordo. Fuera de su salud no le interesaba nada. Un solo pensamiento ocupaba su mente: vivir, pese a la monotonía de su existencia y al dolor constante que sólo le permitía dormir bajo la influencia de la morfina. —Es terrible lo que me cuesta el médico.

Hizo sonar de nuevo la campanilla. —Mistress Foster, enseñe a mister Philip la cuenta del farmacéutico. Pacientemente la mujer cogió la cuenta de encima de la chimenea y se la entregó a Philip. —Es sólo de un mes. Supongo que en cuanto ejerzas podrás conseguir las medicinas a un precio más barato. Había pensado hacérmelas traer directamente del laboratorio, pero me di cuenta de que había que pagar los gastos de transporte. No obstante interesarse tan poco por su sobrino, al que no le pidió ninguna información sobre lo que hacía, parecía sentirse contento de verle. Le preguntó cuánto tiempo estaría allí, y cuando Philip le dijo que partiría el martes por la mañana, lo lamentó. Describió minuciosamente todos los síntomas de su enfermedad, repitiéndole lo que había dicho el médico. Explicó luego a Philip que le inquietaba la idea de que mistress Foster no estuviese al alcance de su llamada. Aquella mujer sabía exactamente lo que debía hacer si le ocurriera alguna cosa. Al ver que mistress Foster tenía un aspecto cansado y los ojos hinchados por la falta de sueño, Philip insinuó que por fuerza tenía que fatigarse mucho. — ¡Historias! —repuso el vicario—. Es tan fuerte como un mulo. Y cuando a poco entró para darle una medicina, le dijo: —Mister Philip dice que tiene usted mucho que hacer, mistress Foster. Pero usted me cura de buena gana, ¿no es verdad? —Así es, señor vicario. Trato de hacer cuanto puedo. Poco a poco la medicina fue haciendo su efecto y mister Carey se adormeció. Philip se dirigió a la cocina y le preguntó cómo podía resistir tanto. Desde hacía meses descansaba muy poco. — ¿Qué quiere que haga? El pobre señor no puede hacer nada sin mí. Y aunque a veces resulte enojoso no puedo menos de quererle. Son tantos los años que llevo a su lado que de verdad le digo a usted que no sé lo que haré cuando se haya ido. Se había aficionado al viejo. Lo lavaba y lo vestía, le daba de comer, se levantaba cinco o seis veces todas las noches. Dormía en la habitación contigua a la del vicario y en cuanto éste se desvelaba empezaba pronto a agitar la campanilla. Lo mismo podía morir de un momento a otro que podía continuar viviendo durante meses. Era extraordinaria tanta tenacidad, tanta devoción hacia un extraño. Le parecía a Philip que la religión predicada por su tío toda la vida no tenía para el vicario más que una importancia formal. Cada domingo iba el cura a suministrarle la Santa Comunión y él leía a menudo la Biblia. Pero era evidente que la muerte le producía horror. Creía que era la puerta de la vida eterna, pero no deseaba atravesar el umbral. Aquejado de un sufrimiento continuo, embutido en su sillón, sin esperanza de volver nunca más al aire libre y entregado como un niño a los cuidados de una criada, se asía firmemente al mundo que conocía. Philip quería hacerle una pregunta, pero estaba seguro de que su tío le daría una respuesta convencional. Deseaba saber si ahora que la máquina estaba gastada, si ahora que el fin estaba próximo, creía todavía el eclesiástico en la inmortalidad del alma. Seguramente, en el fondo del alma del viejo, quizá sin que la cosa se le concretara en palabras, existía la convicción de que Dios no existe y de que después de este mundo no hay nada. La noche del día de san Esteban se hallaba Philip sentado en el comedor en compañía de su tío. Había de partir a primeras horas de la mañana siguiente con el fin de llegar a su trabajo a las nueve; por lo tanto debía despedirse entonces de mister Carey. El vicario estaba soñoliento y Philip, echado en el diván que había cerca de la ventana, dejó caer el libro que estaba leyendo y giró una mirada en torno a la habitación. ¿Cuánto podían valer los muebles? Se había paseado por la casa para examinar los objetos que conocía desde la infancia. Había algunas porcelanas que podían venderse a un precio discreto; para ello sería conveniente llevarlas a Londres. Pero los muebles eran de la época victoriana, de caoba, sólidos y feos. En una subasta, no salvaría nada. En la biblioteca tres o cuatro mil volúmenes, pero ya se sabe que los libros se venden mal. Todo lo más que podía aspirarse a sacar era un centenar de libras. Philip ignoraba la suma que su tío le dejaría al morir y por centésima vez calculó cuánto necesitaría para terminar sus estudios, examinarse y vivir durante el período de servicio en el hospital. Miró al viejo que dormía en aquel momento un sueño agitado. No había ya vida en aquel rostro consumido. Parecía más bien el morro de un extraño animal. Philip pensó que hubiera sido fácil poner término a aquella vida inútil. Lo pensaba cada noche cuando mistress Foster preparaba a su tío la poción que debía proporcionarle una noche tranquila. Había dos frasquitos; uno contenía la medicina que el viejo tomaba regularmente, y el otro el narcótico que usaba cuando el calor se hacía insoportable. Éste quedaba preparado y lo dejaban junto al lecho. Por lo general, el enfermo lo tomaba hacia las tres o las cuatro de la mañana. Era una cosa facilísima doblar la dosis... Moriría durante la noche y nadie sospecharía nada, pues el doctor Wigram esperaba aquel próximo fin. Sería una muerte sin sufrimiento. Philip apretó los puños al pensar en la falta que le hacía el dinero. ¿Qué eran para el viejo unos cuantos meses de aquella vida miserable? Para él, en cambio, aquellos pocos meses lo eran todo. Sentía que le faltaban las fuerzas al pensar que debería volver a la mañana siguiente a su trabajo, y se estremecía de horror. El corazón le latía rápidamente y aunque hacía un esfuerzo para librarse de aquel pensamiento no pudo lograrlo. ¡Era tan fácil, tan fácil! No experimentaba ninguna compasión por el viejo, a quien nunca había querido y el cual había sido siempre un perfecto egoísta. Egoísta con la mujer que lo adoraba; indiferente con el niño que se le había confiado. No era hombre cruel, pero sí un hombre estúpido y duro, esclavo de una mezquina sensualidad. Hubiera sido tan fácil... Pero no se atrevía. Temía a los remordimientos. El dinero no le serviría de nada si toda la vida tuviera que

arrepentirse de lo que había hecho. Aunque se hubiera dicho a sí mismo frecuentemente que el remordimiento era inútil, a veces había ciertas cosas que acudían a su memoria y lo atormentaban. Prefería no tener aquello sobre la conciencia. Su tío abrió los ojos; Philip se sintió contento, pues así su aspecto era más humano. Estaba aún aterrado de aquella idea que le había asaltado unos instantes. ¡Había imaginado un delito! ¡Quién sabe si otras personas no tenían pensamientos semejantes! ¿Eran anormales o depravados? — ¿No tienes prisa por verme morir, Philip? — dijo de pronto su tío. Philip sintió que el corazón le daba un salto. — ¡Dios mío, no! — ¡Bravo! Eres un buen muchacho. Me desagradaría si lo desearas. Cuando me marche, tendrás un poco de dinero; pero no debes tener demasiada prisa, porque en ese caso no te traería suerte. Hablaba en voz baja, con una especie de ansiedad. Philip sintió algo así como una punzada en el corazón. — Espero que vivas otros veinte años — dijo. — Lo dudo. Pero si me curo del todo no veo por qué no pueda vivir aún tres o cuatro. Calló y Philip no supo qué decir. Luego, como si hubiera continuado pensando en lo mismo, el viejo habló de nuevo: — Todos tenemos derecho a vivir lo que podamos. Philip quiso distraerle de aquellos pensamientos. — A propósito, supongo que no sabrás nada de miss Wilkinson. — Sí, he recibido una carta suya este año. Se ha casado. — ¿De veras? — Sí, se ha casado con un viudo. Creo que están en excelente posición. 111. Al día siguiente Philip reanudó su trabajo. Pero la muerte, cuya llegada esperaba para pocas semanas después, se hizo esperar. Las semanas se convirtieron en meses. El invierno pasó y los árboles del parque se cubrieron de brotes y de hojas. Un terrible cansancio se apoderó de Philip. El tiempo pasaba y su juventud se iba marchitando. Dentro de poco desaparecería por completo sin que él hubiese realizado nada. Su trabajo, ahora que estaba seguro de poderlo dejar, le parecía completamente sin objeto. A pesar de ello, había llegado a ser un hábil dibujante de modelos, y aunque le faltaba inventiva, había adquirido una singular maestría en adaptar los figurines franceses al gusto inglés. A veces no quedaba descontento de sus esbozos, pero cuando ejecutaba del todo sus dibujos terminaba rompiéndolos muchas veces. Se dio cuenta de la leve irritación que se apoderaba de él cuando sus ideas no eran expresadas de modo adecuado, y le pareció divertido. Sin embargo, debía andar con pies de plomo. Cada vez que sugería algo original, mister Sampson rechazaba la idea: la clientela no quería nada demasiado vistoso. Y cuando se sirve a señoras respetables no puede uno mostrar un exceso de fantasía. Por dos veces riñó ásperamente a Philip; cuando no coincidían sus ideas, le parecía que el joven era presuntuoso. — Mucho cuidado, joven, o de lo contrario se encontrará usted cualquier día en mitad del arroyo. ¡Qué suerte poderle dar un puñetazo en los hocicos! Pero era necesario dominarse. A fin de cuentas, la cosa no podía ya durar mucho. Y luego quedaría libre para siempre de toda aquella gente. A veces, poseído de una cómica desesperación, pensaba que su tío disfrutaba de una salud de hierro. Cualquiera, en sus circunstancias, habría muerto hacía ya mucho tiempo. Pero cuando al fin recibió la noticia de que el vicario se hallaba moribundo, le cogió de sorpresa. En aquel momento estaba pensando en otra cosa. Era julio y dos semanas después pensaba ir a Blackstable a pasar sus vacaciones. Recibió una carta firmada por mistress Foster, diciéndole que el doctor no daba muchos días de vida a mister Carey. Si Philip quería verle por última vez tenía que ponerse en camino inmediatamente. Philip se presentó al encargado y le dijo que deseaba marcharse. Puesto al corriente de las circunstancias, mister Sampson no opuso ninguna dificultad. El joven se despidió luego de sus compañeros de sección. La razón de su partida se había difundido entre ellos, exagerando los detalles, así que todos creían que iba a heredar una fortuna. Mistress Hodges tenía lágrimas en los ojos cuando le estrechó la mano. — No creo que le veamos muy a menudo — le dijo. — Soy feliz al recobrar mi libertad — contestó Philip. Cosa extraña; ahora le disgustaba dejar a aquellas personas que creía odiar. Cuando salió de la casa de Harrington Street no sentía alegría alguna. Había disfrutado tanto por anticipado con ese pensamiento, que ahora permanecía indiferente. Partía como para unas vacaciones de pocos días. — ¡Qué carácter más estúpido tengo! — se dijo —. Deseo con enorme ardor las cosas y cuando las tengo me muestro siempre desilusionado. Llegó a Blackstable a primeras horas de la mañana. Mistress Foster lo recibió en la cancela y la expresión de su cara le dijo que su tío aún estaba vivo. — Hoy está un poco mejor. Posee una constitución extraordinaria. Lo condujo al dormitorio. Mister Carey descansaba echado boca arriba. Dirigió a Philip una leve sonrisa en la que había un asomo de maliciosa satisfacción por haber podido salir adelante una vez más. — Ayer creí que era el fin — dijo con voz débil —. Habían perdido toda esperanza, ¿no es verdad, mistress Foster? — No se puede negar que tiene usted una constitución de hierro. — Hay todavía vida en este viejo caparazón. Mistress Foster dijo que el vicario no debía hablar. Tenía que evitar el cansancio. Lo trataba como a un niño, con despotismo afectuoso, y verdaderamente había algo de infantil en la satisfacción del viejo por haber burlado la expectación. Comprendió inmediatamente que Philip había sido llamado y se divirtió ante la idea de que le hubieran Hecho ir para nada. Si no le daba ningún otro ataque cardíaco se repondría en un par de semanas. Ya otra vez había tenido ataques que hicieron creer que todo iba a acabar. Y, sin embargo, no se había muerto. Todos hablaban de su constitución, pero ninguno sabía lo sólida que era. — ¿Te quedarás un par de días? — preguntó a Philip fingiendo creer que había venido a pasar unas cortas

vacaciones. —Estaba pensando en ello —respondió Philip alegremente. —Un poco de aire del mar te sentara bien. El doctor se presentó y después de haber examinado al enfermo se alejó acompañado de Philip, adoptando un aire propio de las circunstancias... —Temo que esta vez sea el fin, Philip. Será una gran pérdida para todos nosotros. ¡Calcule, lo conozco desde hace treinta y cinco años! —Me parece que ahora está bastante bien. —Lo tengo así a fuerza de drogas, pero no puede durar. Estos dos últimos días ha sido terrible. He creído que se moría cinco o seis veces. Permaneció en silencio durante algunos minutos. Al llegar a la cancela dijo de improviso a Philip: — ¿Mistress Foster no le ha dicho nada? — ¿Sobre qué? —Es muy supersticiosa. Se le ha metido entre ceja y ceja que nuestro enfermo está atormentado por una idea fija y que no puede morir hasta que se haya librado de ella. Pero él no se decide a confesarla. Philip no respondió, y el médico continuó: —Es absurdo. Ha llevado una vida ejemplar, ha cumplido siempre su deber, ha sido un magnífico pastor, cuya falta no dejaremos de sentir. No puede tener nada que reprocharse. Dudo mucho que el que le suceda sea tan bueno como él. Durante algunos días el estado de mister Carey no sufrió ningún cambio, a excepción de la pérdida de apetito; hasta entonces mister Carey había gozado de un apetito excelente. El doctor Wigram no dudaba ahora en suministrarle calmantes continuamente a fin de mitigar su neuritis. Esto y el temblor constante de los miembros iban minándolo poco a poco. Su mente permanecía lúcida. Philip y mistress Foster se alternaban para cuidarle. Mistress Foster estaba tan cansada después de tantos meses de cuidados, que Philip insistió en velar él al enfermo para que la buena mujer descansara durante la noche. Pasaba sentado largas horas en un sillón para no adormecerse demasiado profundamente, y a la luz de una vela protegida por una pantalla leía *Las mil y una noches*. No había vuelto a leer el libro desde que era niño, y así recordaba los años de su infancia. A veces permanecía escuchando el silencio de la noche. Cuando los efectos del calmante se disipaban, mister Carey se agitaba y lo llamaba. Un amanecer, mientras los pájaros cantaban en los árboles, lo llamó. Acercóse a la cama. Mister Carey yacía echado sobre su espalda, con los ojos fijos en el techo. No los volvió hacia Philip. Tenía la frente bañada en sudor. El sobrino cogió un pañuelo y se lo secó. — ¿Eres tú, Philip? —preguntó el viejo. Philip quedó asombrado ante el cambio de voz operado. Ahora era baja y ronca. Sólo podía hablar de aquel modo un hombre presa del mayor terror. —Sí. ¿Quieres algo? Un silencio. Los ojos, que no veían, continuaban mirando al techo. Luego un espasmo contrajo el rostro. —Creo que voy a morir. — ¡Qué tontería! Te quedan todavía varios años de vida. Dos lágrimas corrieron por las mejillas del viejo. Philip se sintió terriblemente trastornado. Su tío no había dado nunca pruebas de sentir la menor emoción. Verlo llorar era tremendo. Significaba que sentía un espanto invencible. —Manda llamar a Simmonds. Quiero comulgar. Mister Simmonds era el cura. — ¿En seguida? —preguntó Philip. —Después sería demasiado tarde. Philip fue a despertar a mistress Foster, pero ya estaba levantada. Le dijo que mandara al jardinero con una carta y regresó seguidamente a la habitación de su tío. — ¿Lo has mandado llamar? —Sí. Un silencio. Sentado junto al lecho, Philip enjugaba de vez en cuando la frente del enfermo bañada de sudor. —Deja que te coja la mano, Philip —dijo finalmente el viejo. Philip le dio la mano y él se cogió a ella como si se aferrara a la vida. Seguramente no había querido nunca a nadie de veras, pero ahora se aproximaba instintivamente a un ser humano. Su mano, húmeda y fría, apretaba la de Philip con débil y desesperada energía. Luchaba contra el miedo a la muerte, y Philip pensó que a todos les llegaba el turno de sufrir aquella misma pena. No podía vencer el sentimiento de piedad que le inundaba el corazón. ¡Qué caro se paga el privilegio de ser superiores a los animales! Permanecieron en silencio, un silencio roto solamente por las veces que mister Carey, con voz tenue preguntaba: — ¿No ha venido todavía? Al cabo el ama de gobierno entró para decir que mister Simmonds había llegado. El cura sacó el cáliz de la comunión. Mister Simmonds estrechó la mano a Philip sin hablar. Luego se acercó gravemente al moribundo. Philip y mistress Foster salieron de la habitación. Philip paseó por el jardín húmedo de rocío. Los pájaros cantaban alegremente. El cielo estaba azul y el aire, saturado de perfumes salinos, era suave y fresco. Las rosas habían florecido y el verde de los árboles y de la hierba era brillante y vivo. Mientras continuaba su paseo pensaba emocionado en el misterio que se estaba desarrollando en la habitación de su tío. Poco después mistress Foster fue a llamarle, diciéndole que su tío deseaba verlo. El cura metía su indumentaria en la maleta. El moribundo movió la cabeza y saludó a su sobrino con una sonrisa. Philip se asombró ante el cambio que se había operado. Los ojos del enfermo habían perdido la expresión de angustia y su rostro ya no aparecía contraído. Parecía feliz y sereno. —Ahora ya estoy preparado —dijo en voz distinta a la de antes—. Cuando el Señor quiera llamarme, estoy dispuesto para ponerme en sus manos. Philip no dijo nada. Comprendió que su tío era sincero. Aquello era casi un milagro. El Cuerpo y la Sangre del Salvador le habían dado la fuerza necesaria para no tener miedo al inevitable paso hacia la noche eterna. Sabía que había de morir y estaba resignado. Aún pronunció una frase: —Voy a reunirme con mi querida esposa. Esto llenó de asombro a Philip. Recordó el egoísmo con que el vicario había tratado a su mujer, y su insensibilidad ante aquel amor humilde y devoto. El cura, profundamente conmovido, se marchó, y mistress Foster lo acompañó llorando hasta la puerta. Mister Carey, agotado por el esfuerzo, cayó en un ligero sopor

y Philip se sentó junto al lecho para esperar el fin. La mañana pasó. La respiración del viejo se hizo ruidosa. El doctor volvió y declaró que el anciano se encontraba en sus últimos momentos. El vicario había perdido el conocimiento y acariciaba ligeramente la sábana. Estaba agitado y emitía de vez en cuando un gemido. El doctor se limitó a ponerle una inyección. —No puedo hacer nada. El fin es inminente. Miró el reloj y luego al enfermo. Philip vio que era la una. Evidentemente el doctor Wigram pensaba en su comida. —Es inútil que espere —le dijo Philip. —Verdaderamente no puedo hacer más. Cuando el doctor se hubo marchado, mistress Foster rogó a Philip que fuera a casa del carpintero, que era también sepulturero, para decirle que mandara a una mujer que se cuidara más tarde del cadáver. —Tiene usted necesidad de un poco de aire —le dijo—. Le sentará bien el paseo. El carpintero vivía a media milla de distancia. Philip cumplió el encargo. —¿Cuándo ha muerto el pobre señor vicario? Philip titubeó. Le pareció que produciría mala impresión llamar a una mujer para que lavase el cadáver cuando su tío estaba todavía vivo, y se preguntó por qué le habría enviado mistress Foster. Dirían seguramente que el joven tenía una gran prisa en ver muerto a su tío. Le pareció que el hombre lo miraba de un modo extraño mientras repetía su pregunta. Aquella insistencia irritó a Philip. Después de todo, la cosa no le importaba. —¿Cuándo ha expirado el señor vicario? El primer impulso de Philip fue responder que había muerto en aquel momento, pero si la agonía duraba todavía algún tiempo la cosa iba a parecer inexplicable. Enrojeció, respondiendo un tanto confuso: —¡Oh!, lo que se dice muerto no lo está. El carpintero le miró perplejo; y Philip se apresuró a explicar: —Mistress Foster está sola y desea tener junto a ella a una mujer. Lo comprende usted, ¿no es verdad? Puede darse el caso de que a estas horas ya esté muerto. —Comprendo —asintió el carpintero—. La mandaré en seguida. Al regresar al vicariato, Philip subió al dormitorio. Mistress Foster, sentada junto al lecho, se puso en pie. —Está como cuando usted lo dejó. Entró en la cocina para comer algo y Philip permaneció observando con curiosidad los procesos que iba haciendo la muerte. No quedaba ya nada de humano en el ser en estado inconsciente que luchaba todavía. De vez en cuando un estertor se escapaba de su boca abierta. El sol lanzaba sus ardientes rayos desde un cielo sin nubes. Pero los árboles del jardín proyectaban una sombra fresca y agradable. Era un magnífico día. Una gran mosca azulina zumbaba tropezando contra los cristales de la ventana. De pronto un estertor más fuerte sobresaltó a Philip. Un temblor agitó los miembros del viejo. Había muerto. La máquina se había parado. La mosca azul zumbaba y zumbaba ruidosamente, chocando repetidamente contra los cristales. 112. Joshua Graves, con su acostumbrada habilidad, acertó a organizar un entierro decente y al mismo tiempo económico. Cuando todo hubo acabado, Graves regresó al vicariato en compañía de Philip. El testamento había sido confiado a él. Se lo leyó al joven ante una taza de té. Estaba escrito en media hoja de papel. Mister Carey dejaba todo cuanto poseía a su sobrino: los muebles, una cuenta corriente en la Banca de cerca de ochocientas libras, veinte acciones de la compañía A B C, algunas de la fábrica de cervezas Allsop's, algunas de un music-hall de Oxford, y unas pocas de un restaurante de Londres. Aquellos títulos habían sido comprados por consejo de Graves, según declaró satisfecho a Philip. —La gente tiene siempre necesidad de comer, de beber y de divertirse. Debido a esto se va siempre sobre seguro cuando se emplea el dinero en lo que la gente tiene como indispensable. Las acciones representaban un capital de cerca de quinientas libras y a esto se debía sumar la cuenta en la Banca y lo que pudiera sacar por los muebles. Aquella riqueza era para Philip. Sin ser feliz, se sintió extraordinariamente aliviado. Mister Graves lo dejó después de haber hablado de la subasta que debería verificarse lo más pronto posible. Philip se sentó para examinar las cartas del difunto. El reverendo William Carey había tenido siempre la manía de no destruir nada. Había varios paquetes de facturas saldadas, todo en perfecto orden. El vicario conservaba no sólo las cartas recibidas, sino las cartas escritas por él. Había un paquete de cartas amarillentas escritas a su padre en el año 1840, cuando todavía era estudiante en Oxford y había ido a pasar las vacaciones a Alemania. Philip les echó una ojeada. Era un William Carey bastante distinto del que había conocido. Sin embargo, había en el muchacho algunos rasgos que podían haber hecho prever a un hombre sutil, el hombre que se iba a formar. El estilo era ceremonioso y hasta pomposo. Se comprendía que el joven tenía la manía de ver todo lo que era importante. Las cartas describían con entusiasmo los castillos del Rin. Ante las cascadas del Schaffhouse el futuro reverendo había dado gracias «al Creador del Universo, por sus obras maravillosas». Toda la tarde y la noche Philip se la pasó leyendo aquella correspondencia. Echaba una ojeada a la dirección y a la firma, y cuando no le interesaba rompía la carta en dos trozos y la arrojaba a un cesto que tenía al lado. De pronto apareció una carta cuya firma decía: Ellen. No conocía aquella caligrafía angulosa, fina y anticuada. Empezaba diciendo: «Mi querido William» y terminaba «Tu afectísima hermana». Comprendió. ¡Era su madre! Nunca había visto una carta de ella y la escritura materna le era desconocida. Precisamente hablaba de él. Mi querido William: Stephen te escribe para agradecerle las felicitaciones por la noticia del nacimiento de nuestro hijo y por tus afectuosos votos. Gracias a Dios, los dos estamos muy bien y yo estoy profundamente reconocida por la gracia que me ha sido concedida. Ahora que ya puedo coger la pluma deseo decirlo tanto a ti como a la querida Louisa cuánto os agradezco la bondad que me habéis

demostrado en esta ocasión y siempre, después de mi matrimonio. Ahora quiero pedirte un gran favor, Stephen y yo deseamos que tú seas el padrino del niño y esperamos que aceptarás. Sé que no te pido una pequeña cosa, pues estoy cierta de que tú asumirás con la mayor responsabilidad este cargo. Pero deseo que aceptes porque eres eclesiástico además de ser tío del niño. Pienso mucho en el bienestar de esta criatura y ruego a Dios día y noche para que mi hijo sea bueno y honrado. Con tu ayuda espero que llegará a ser un buen soldado de Cristo y que durante toda la vida será humilde, devoto y temeroso de Dios. Tu afectísima hermana. ELLEN Philip dejó la carta e, inclinándose hacia adelante, escondió el rostro entre las manos. Se sentía profundamente conmovido y al mismo tiempo desconcertado. Aquel tono religioso, que por otra parte no le parecía ni insulso ni sentimental, le llenaba de estupor. De su madre, muerta hacía casi veinte años, no sabía sino que había sido bella. Era asombroso enterarse ahora que había sido sencilla y creyente. No había pensado nunca en esta faceta de su carácter. Releyó lo que decía de él y lo que esperaba que le sucediese. En verdad había llegado a ser algo muy distinto. Reflexionó un momento sobre aquello: tal vez hubiese sido mejor que su madre muriera. Un súbito impulso le obligó a estrujar la carta entre sus manos. Tanta ternura y sencillez la hacía aparecer particularmente confidencial. Le parecía una indiscreción leer la revelación de la dulce alma materna. Continuó el repaso de la correspondencia. Pocos días después regresó a Londres, y por primera vez, después de dos años, entró de día en el vestíbulo del hospital de San Lucas. El secretario, sorprendido al verlo, le preguntó con curiosidad qué había hecho durante todo aquel tiempo. La experiencia había dado a Philip cierta confianza en sí mismo y un distinto modo de considerar las cosas. Una pregunta semejante, formulada en otro tiempo, le habría embarazado. En la actualidad respondió fríamente, con una forzada imprecisión que excluía toda ulterior demanda. Dijo que asuntos particulares le habían obligado a interrumpir sus estudios; ahora deseaba obtener el título lo más pronto posible. El primer examen que podía realizar era el de obstetricia y ginecología. Solicitó, pues, entrar como ayudante en el curso destinado a las enfermedades femeninas, y como aún duraba el período de vacaciones no le fue difícil ser aceptado. Combinó su servicio para la última semana de agosto y la primera y segunda de setiembre. Después de aquel coloquio atravesó la escuela, más o menos desierta, ya que los exámenes que se celebraban después de la estación estival habían terminado, y empezó a pasear por la terraza que se abría sobre el río. Su corazón saltaba de alegría. Una vida nueva se abría ante él. Detrás quedaban todos los errores, las locuras y las miserias del pasado. El río que corría ante sus ojos le decía que todo pasaba, pasaba siempre, y que nada tenía importancia. Le esperaba un porvenir rico en promesas. Volvió a Blackstable y se ocupó en arreglar la situación. La venta fue dejada para mediados de agosto, cuando la presencia de los veraneantes podía hacer esperar que se obtuvieran precios mejores. Se hicieron catálogos que fueron expedidos a varios revendedores de libros de Tercanbury, Maidstone y Ashford. Una tarde, Philip quiso ir a Tercanbury para ver su antiguo colegio. No había estado allí desde el día que lo abandonó lleno de alegría, con la impresión de ser ya dueño de sí. Experimentó una sensación extraña al recorrer aquellas calles que le habían sido familiares durante tantos años. Miró las viejas tiendas, que inmutables, vendían las mismas cosas que antes. Los libreros exponían en un escaparate libros de estudios, libros religiosos y las últimas novelas, y en el otro las fotografías de la ciudad y de la catedral. Las tiendas de artículos deportivos ofrecían bastones para jugar al cricket, raquetas de tenis, balones para jugar al fútbol y artículos de pesca. El sastre seguía en el mismo sitio, lo mismo que el vendedor de pescado donde se surtía su tío cuando iba a Tercanbury. Recorrió la casa de ladrillos rojos donde estaba la escuela preparatoria. Un poco más allá se veía la cancela de entrada de la King's School; pasó el umbral y se detuvo ante el cuadrilátero en torno al cual se alzaban los distintos edificios. Estaban a punto de dar las cuatro y los muchachos se disponían a salir de las clases. Pasaron los profesores con su toga y sus birretes cuadrados; todos eran desconocidos. Habían pasado más de diez años desde su partida y en ese lapso de tiempo habían sobrevenido muchos cambios. Distinguió al director, que se dirigía lentamente hacia su vivienda, hablando con un muchacho que supuso alumno del sexto curso. Estaba muy poco cambiado; alto, pálido, con aspecto romántico, tal como Philip lo recordaba, con los mismos ojos ardientes de antaño; pero la barba, que era negra, se había vuelto gris y el rostro estaba surcado de profundas arrugas. Philip sintió deseos de saludarle, pero le detuvo el temor de que el director no se acordara ya de él; la idea de haberle de explicar quién era le pareció insoportable. Algunos alumnos se habían detenido hablando entre ellos; otros se apresuraron a irse a cambiar de traje para salir a jugar al frontón; otros, en grupos de dos o tres, atravesaron la cancela, sin duda para irse al campo de cricket. Y otros, por último, se dirigieron a jugar al tenis. Philip permanecía en medio de ellos como un extraño. Algunos de los alumnos le lanzaron una mirada indiferente; pero en aquel lugar no eran raros los visitantes, atraídos por la belleza de la escalinata, y de ahí que despertasen poca atención. El joven los miró con curiosidad, midiendo melancólicamente la distancia que existía entre ellos y recordando con amargura sus grandes esperanzas y el mísero resultado. Habían transcurrido bastantes años y muchos de ellos fueron desperdiciados estúpidamente. Y aquellos muchachos, vivos y despabilados, hacían ahora lo mismo que él había

hecho. Le parecía que no había pasado más de un día desde que dejó el colegio; sin embargo, en aquel lugar donde conoció a todos, por lo menos de nombre, no conocía ya a nadie. Y pasados otros cuantos años, aquellos alumnos serían allí tan extraños como ahora lo era él, mientras que otros ocuparían su lugar. Pero tal reflexión no le produjo ningún consuelo y sólo sirvió para mostrarle la futilidad de la existencia humana. Cada generación repetía las ocupaciones de la generación anterior. ¿Quién sabe lo que habían llegado a ser sus antiguos condiscípulos? Se aproximaban ya a la treintena; algunos habrían muerto seguramente, pero otros se habrían casado y serían padres de familia; militares, eclesiásticos, médicos, abogados, todos eran ya hombres hechos que empezaban a alejarse de la juventud. ¿Habrían desperdiciado su vida, como él desperdició la suya? Recordó a un muchacho a quien había querido mucho; era extraño, pero no acertaba a recordar su nombre, a pesar de que lo veía perfectamente ante él con los ojos de la imaginación. Fue un gran amigo suyo. Y recordó los celos que sufrió entonces. Era irritante no acordarse del nombre. Habría dado Dios sabe qué por ser todavía un muchacho como aquellos que atravesaban el patio. De poder volver a empezar la vida habría evitado los errores. Se sintió terriblemente solo. Casi llegó a echar de menos la miseria de sus dos últimos años, y a que en él disminuyese el sufrimiento que ésta le producía. «Ganarás el pan con el sudor de tu frente» no era una maldición que pesaba sobre el género humano, sino el bálsamo que le reconciliaba con la existencia. 113. Al comenzar la última semana de agosto Philip empezó a prestar servicio. Era una tarea fátiga, pues, por término medio, asistía a tres partos cada día. La mujer se había de procurar por anticipado una «tarjeta» del hospital. Llegado el momento, enviaba a alguien, generalmente a una niña, con la tarjeta. La niña o quien llevara el papel llegaba al hospital directamente desde el otro lado de la calle, donde habitaba Philip. Por la noche el portero del hospital, que tenía la llave del portalón de su casa, iba a despertar al joven. Había algo de misterioso en el hecho de levantarse en plena oscuridad y atravesar las calles desiertas. En aquellas horas era casi siempre el marido el que llevaba la tarjeta. Si había tenido ya otros hijos, ese marido afrontaba por lo general el acontecimiento con indiferencia; pero si hacía poco que se había casado se mostraba nervioso y a veces intentaba distraer su ansiedad embriagándose. A menudo habían de recorrer una milla o más, y Philip, durante el camino, hablaba con el hombre que había ido a llamarle de las condiciones del trabajo y del coste de la vida. Así se dio cuenta Philip de cómo se vivía en aquella orilla del río. El joven inspiraba confianza a las personas entre las que se veía obligado a actuar, y durante las largas horas de espera en una habitación mal aireada, junto a la parturienta acostada en el gran lecho, hablaba tranquilamente con la madre de la enferma y con la comadrona, que lo trataba como a un viejo conocido. Las circunstancias en que había vivido durante dos años le habían enseñado muchas cosas sobre la clase pobre, y las mujeres se divertían al hallarle tan bien informado y quedaban impresionadas por el hecho de que Philip no se dejara engañar por sus pequeños subterfugios. Era bueno, tenía una mano suave y no perdía nunca la paciencia. Aceptaba de buena gana una taza de té, y cuando llegaba la madrugada, si todavía estaban esperando, le ofrecían una rebanada de pan con mantequilla. No era melindroso para la comida y se había acostumbrado a comer de todo con buen apetito. Algunas de las viviendas, situadas en sórdidas casas de vecindad, en el fondo de sucios patios sin luz ni aire, eran verdaderamente tristes; pero otras, aunque en ruinas, con el suelo deteriorado y el techo lleno de goterones, mostraban inesperadamente cierta grandeza. Había en ellas balastradas de encina hermosamente talladas y paredes adornadas todavía con ensambladuras de madera. En cada habitación vivía una familia. Durante el día no cesaba el ensordecedor ruido que los niños producían jugando en el patio. Las viejas paredes eran nidos de insectos, y el aire estaba tan viciado que Philip, amenazado por el mareo, se veía obligado a encender su pipa. El hospital exigía a la madre que permaneciera en la cama por lo menos durante diez días, pero la madre no podía cumplir tal requisito sino muy raras veces. No se encontraba ninguna mujer que quisiera cuidarse gratuitamente de los niños, y el marido armaba una bronca si el té no estaba preparado cuando volvía a su casa cansado de trabajar. Philip había oído decir siempre que los pobres se ayudaban unos a otros, pero el caso es que todas las parturientas se lamentaban de no hallar una vecina dispuesta a lavar la ropa y a hacer la comida para los niños sin cobrar un céntimo, y ellas no podían pagar. Escuchándolas e interpretando sus reticencias, Philip comprendía lo poco que había de común entre los pobres y las clases superiores. Aquéllos no envidiaban a éstos porque su existencia era muy distinta y tenían una idea de la vida cómoda que hacía parecer rígida y ceremoniosa la conducta de la clase media. Por otra parte, sentían cierto desprecio por aquellas gentes que no trabajaban con sus propias manos. Los orgullosos deseaban sencillamente que los dejaran en paz, pero la mayoría consideraba a los ricos como gente a la que se debía explotar; sabían lo que tenían que decir para obtener las ventajas de la caridad pública y aceptaban los beneficios como un derecho creado por la estupidez de sus superiores y por su propia astucia. Soportaban al cura con indiferencia desdeñosa, pero las damas visitadoras suscitaban en ellos un profundo odio. Aquellas señoras entraban y abrían la ventana sin ni siquiera pedir permiso. («Con mi bronquitis, comprende usted. Es abrimme la puerta para el otro mundo.»). Metían la nariz en todos los rincones, y si no decían que la

habitación estaba sucia, se veía perfectamente que lo pensaban. «Es fácil para ellas, que tienen criadas; pero quisiera verlas si tuvieran ellas que limpiarse la habitación, y cocinar, y coserse los vestidos teniendo cuatro hijos». Philip se dio cuenta de que la gran tragedia de la vida para aquella gente no era la separación o la muerte, acontecimientos naturales, cuyo dolor tiene su desahogo por medio de las lágrimas, sino la falta de trabajo. Philip conoció a un obrero que al llegar a casa, tres días después del parto de su mujer, anunció a ésta que se había quedado sin trabajo. Era albañil y en aquella época el trabajo escaseaba. Dio la noticia y se sentó ante la taza de té. — ¡Oh, Jim! — exclamó la mujer. El hombre comió maquinalmente un poco de estofado que le habían guardado caliente para él. Miraba el plato sin hablar. Su mujer lo miró dos o tres veces y luego comenzó a llorar silenciosamente. El albañil era un hombre pequeño, con el rostro arruinado por trabajar a la intemperie y una gran cicatriz blanca en la frente. Con sus grandes y bastas manos rechazó el plato como si el esfuerzo que hacía para comer fuera demasiado arduo, y se volvió, fijando la mirada en la ventana. La ventana estaba en el último piso y daba al patio. No se veía otra cosa que el cielo lleno de nubes. El silencio parecía estar cuajado de desesperación. Philip no supo qué decir. Estaba cansado, pues había permanecido en pie casi toda la noche. Salió de allí rebosando indignación contra la crueldad del mundo. Sabía lo que era la desoladora busca de trabajo y el desaliento, todavía más difícil de soportar que el hambre. Uno podía reconciliarse con la vida sólo conociendo su falta de significado. Le pareció a Philip que las personas que se pasaban el tiempo ayudando a la clase pobre estaban en un error al intentar remediar lo que les parecía a ellas insoportable, sin darse cuenta de que no era tal para los que estaban habituados a ello. Los pobres no sentían ninguna necesidad de habitaciones aireadas. Padeían frío porque se alimentaban mal, y el aire puro les producía una sensación mayor de frío. Por otro lado, ellos intentaban consumir la menor cantidad posible de carbón. La promiscuidad no les producía ninguna molestia. Estaban habituados a no encontrarse nunca solos, lo mismo cuando nacían que cuando morían. La soledad los oprimía y el rumor constante de la casa penetraba en sus oídos sin que se dieran cuenta. No experimentaban la necesidad de bañarse continuamente, y Philip les había oído hablar muchas veces con indignación de la obligación de tomar un baño cuando entraban en el hospital. Era para ellos una afrenta y una cosa incómoda. Querían que los dejaran en paz. Cuando el marido tenía un trabajo continuo, la vida transcurría para ellos fácil y hasta agradable. Incluso podían ir a los espectáculos. Después del día de trabajo se bebía de buena gana un vaso de cerveza. La calle era una constante fuente de distracción y si tenía ganas de leer estaban el *Reynold's* y *The New of the World*. «¡Pero el tiempo pasa tan de prisa! De muchacha leía yo mucho. Ahora, por el contrario, entre unas cosas y otras, no tengo ni siquiera tiempo de leer el periódico». La costumbre imponía tres visitas después del parto. Un domingo Philip fue a ver una parturienta a la hora de la comida. La encontró levantada. — No podía estar en la cama. No podía. No soy perezosa, y eso de estarse allí sin hacer nada me ponía nerviosa. Así que le he dicho a Erb: «Voy a levantarme y te prepararé la comida». Erb se había sentado ya a la mesa y tenía en la mano el tenedor y el cuchillo. Era un joven de rostro franco y ojos azules. Ganaba bastante. Se habían casado hacía pocos meses y los dos eran felices cuando miraban al rosado querubín que descansaba en una cuna al pie del lecho. En la habitación había un apetitoso olor a bistec y los ojos de Philip se volvieron hacia el hornillo. — En este momento iba a ponerlo en la mesa. — No se detenga — repuso Philip—. Echaré un vistazo a su hijo y heredero y me voy al momento. Marido y mujer se rieron de la frase de Philip y él se puso en pie para acompañar al joven hasta la cuna. Contempló a su hijo con orgullo. — No se vive mal, ¿eh? — dijo Philip. Cogió el sombrero. Mientras tanto la mujer de Erb había retirado del fuego el bistec y puesto sobre la mesa un plato de guisantes. — Le ha preparado un buen almuerzo — dijo Philip. — Mi marido sólo viene el domingo y me gusta prepararle algo bueno. Así los días de trabajo echa de menos su casa. — ¿No nos hará usted el honor de sentarse y comer un bocado con nosotros? — dijo Erb. — ¡Oh, Erb! — exclamó la mujer escandalizada. — ¡Claro que sí si me invitan! — respondió Philip con su simpática sonrisa. — Es usted muy amable. ¡Ya sabía yo que no se ofendería! De prisa, Polly, trae otro plato. Polly no salía de su asombro. Su marido era un hombre chocante; jamás se podía decir qué idea se le iba a ocurrir en cualquier momento. De todos modos cogió un plato, lo secó rápidamente con el delantal y cogió un cuchillo y un tenedor del cajón donde estaban guardados los cubiertos mejores cerca de los mejores vestidos. Sobre la mesa había un jarro de cerveza y Erb llenó un vaso para Philip. Del bistec quería darle la parte del león, pero Philip insistió en que dividiera la carne en partes iguales. La habitación, soleada, tenía dos balcones. Era el salón de una casa, si no lujosa, bastante elegante. Debía de haber sido habitada, medio siglo atrás, por un rico tendero o por un oficial retirado. Antes de casarse, Erb había sido jugador de fútbol. En las paredes se veían fotografías de equipos en actitud de reto. Todos aparecían con los cabellos muy bien peinados, y, en medio del grupo, el capitán, sentado con una copa entre las manos. Había fotografías de los padres de Erb y de su mujer vistiendo el traje de los domingos. Sobre la chimenea se veían conchas colocadas artísticamente sobre una roca en miniatura, y, a ambos lados, jarras de cerveza con la inscripción en letras góticas: «Recuerdo de Southend» y la vista de un muelle o de una explanada. Erb no carecía de cierto sentido común.

Contrario a la Trade Union, se expresaba indignado contra la Union por haberle obligado a inscribirse. Según él, la Union no servía para nada. Nunca le había sido difícil encontrar trabajo: «Siempre le pagan a uno bien si se tiene la cabeza sobre los hombros y si se está dispuesto a hacer lo que sea». Polly era menos valerosa. Si ella se encontrara en su lugar ya se habría inscrito. Durante la última huelga, cada vez que el marido salía a la calle, Polly tenía miedo de que se lo trajeran en una camilla. Se volvió a Philip. —Es terco. Tiene la cabeza muy dura. Así que cualquier día se la romperán. Después de comer, Philip entregó a Erb su petaca y los dos encendieron la pipa. A continuación se levantó, ya que en su casa podía haber algún aviso. Saludó a sus anfitriones. Sabía que les había proporcionado un placer compartiendo su comida, y ellos se dieron cuenta de que el joven había recibido la invitación con agrado. —Hasta la vista, doctor —dijo Erb—. Espero tener un médico tan simpático la próxima vez que la señora vuelva a encontrarse en tales condiciones. — ¡Cállate, Erb! —replicó su mujer—. ¿Cómo puedes saber si eso sucederá otra vez? 114. Las tres semanas de servicio terminaron. Philip había asistido a sesenta y dos partos y ya no podía más. La última noche, al volver a casa hacia las diez, deseaba con toda su alma que ya no le llamasen más. En diez días no había disfrutado de una noche completa de reposo. Volvía de haber asistido a un parto horrible. Había sido llamado por un hombrecito medio embriagado y conducido a un sórdido tabuco, después de haber atravesado el patio más maloliente y sucio que jamás había visto. Un lecho de madera, provisto de un sucio dosel de tela roja, ocupaba la mayor parte de la habitación. El techo era tan bajo que se podía tocar con las manos. Se acercó alumbrándose con la única vela que había, poniendo en fuga a un ejército de chinches. La mujer gorda, y ya no muy joven, había dado ya a luz cierto número de hijos, todos muertos al nacer. Era una historia que Philip no oía por vez primera. El marido había sido soldado en la India. La legislación impuesta por la prevención inglesa daba libre curso a ciertas enfermedades y las criaturas sufrían las consecuencias. Al regresar a su casa, Philip se desnudó y tomó un baño. Luego metió su ropa en agua, contemplando los insectos que caían de ella. Apenas se había metido en la cama cuando oyó llamar a la puerta. El portero del hospital le traía una carta. — ¡Que el diablo lo lleve! Usted es precisamente la última persona que deseaba ver esta noche. ¿Quién la ha traído? —Creo que es el marido. ¿Le digo que espere? Philip echó una mirada a la dirección y vio que se trataba de un sitio que conocía. Dijo al portero que él solo encontraría la calle, se vistió rápidamente y cinco minutos después salió llevando su bolsa negra. Un hombre que no acertó a distinguir en la oscuridad se le acercó diciendo que era el marido. —He preferido esperar, doctor. Habito en un mal barrio y como no le conocen. . . Philip se echó a reír. — ¡Vamos, hombre! Al doctor le conocen todos. He estado en sitios peores que la calle Waver. Y era verdad. La maletilla negra era un salvoconducto para pasar por calles de peor fama y por los patios más innobles, en los que un policía no hubiera osado internarse solo. Alguna vez un grupo había examinado a Philip con curiosidad mientras pasaba y él había oído un murmullo y una voz diciendo: —El médico del hospital. Algunos decían también: —Buenas noches, doctor. —Debemos apresurar el paso si no le disgusta —dijo el que lo acompañaba—. Me han dicho que no había tiempo que perder. — ¿Por qué ha venido tan tarde? —preguntó Philip. Lanzó una mirada a su compañero cuando pasaban bajo la luz de un farol. —Parece usted muy joven —le dijo. —Tengo dieciocho años cumplidos. Era rubio, imberbe y bajito, pero membrudo. —Es usted joven para estar casado. —Nos hemos tenido que casar por fuerza. — ¿Cuánto gana usted? —Dieciséis chelines. Eran pocos chelines a la semana para mantener a una mujer y a un niño. La habitación acusaba una extrema pobreza. Parecía muy grande porque estaba casi vacía de muebles. No se veía ninguna alfombra, ningún ornamento en las paredes, a excepción de algunas fotografías y de las ilustraciones de Navidad de cierta revista. La mujer se encontraba en una camita de hierro. Era muy joven. — ¡Caramba! No debe de tener más de dieciséis años —dijo Philip a la mujer que la asistía. En el hospital había declarado dieciocho años; pero cuando eran muy jóvenes se aumentaban de buena gana un año o dos. Además era guapa, cosa rara en aquella clase en que la salud está por lo general arruinada por la mala alimentación, por el aire viciado o por el trabajo malsano. Sus facciones eran delicadas; tenía grandes ojos azules y una gran mata de cabellos negros. Tanto ella como el marido estaban nerviosísimos. —Es mejor que espere usted fuera, pero al alcance de mi voz por si tengo necesidad de usted —le dijo Philip. Ahora que la veía mejor se quedó nuevamente sorprendido ante su aspecto juvenil. Producía la impresión de que hubiera estado mejor jugando en la calle con otros muchachos que no esperando ansiosamente el nacimiento de un hijo. Las horas pasaban. El niño no nació antes de las dos. Todo parecía haber ido satisfactoriamente. El marido fue llamado. El abrazo tímido y torpe que dio a su mujer conmovió a Philip. Éste guardó su instrumental, pero antes de marcharse tomó de nuevo el pulso a la joven. — ¡Qué es esto! —dijo. Le dirigió una viva mirada. Había ocurrido algo. En casos de urgencia era necesario llamar al ayudante de obstetricia. Era un médico que había terminado ya la carrera y Philip dependía de él. El joven garrapateó dos palabras en un papel y dijo al marido que corriera al hospital. Su mujer estaba en peligro. El joven se apresuró a cumplir la orden. Philip esperó lleno de ansiedad. Sabía que la joven estaba perdiendo una gran cantidad de sangre y temía que muriera antes de la llegada de su superior. Entretanto hizo todo lo que pudo,

confiando en que el médico no hubiera tenido que acudir a otro sitio. Los minutos le parecían interminables. Finalmente llegó el doctor Chandler y mientras examinaba a la mujer interrogó a Philip en voz baja. Por la expresión de su rostro comprendió que encontraba el caso muy grave. Era un hombre alto, de pocas palabras, con una gran nariz y un rostro delgado, muy arrugado para su edad. Inclino la cabeza. —Era un caso sin esperanza desde el principio. ¿Dónde está el marido? —Le he dicho que espere en el descansillo. —Es mejor hacerle entrar. Philip abrió la puerta y lo llamo. Estaba sentado en la oscuridad, sobre el primer peldaño de la escalera que conducía al piso superior. Se acercó al lecho. —¿Qué sucede? —preguntó. —Una hemorragia interna. Es imposible contenerla —el doctor titubeó un momento, y como era algo penoso de decir intentó adoptar un tono brusco—. Se está muriendo. El joven no dijo una palabra. Permaneció inmóvil contemplando a la mujer que yacía en el lecho, pálida e inconsciente. La comadrona habló: —Estos señores han hecho todo lo posible, Harry. Pero yo lo he visto desde el primer momento. — ¡Cállese! —le ordenó Chandler. Las ventanas carecían de cortinas y la noche parecía que se esfumara. Aún no había empezado a apuntar el alba, pero le faltaba poco. Chandler intentó prolongar la vida de la joven empleando todos los medios que tenía a su alcance, pero la vida huía de ella. De repente, la joven dejó de respirar. El muchacho permanecía en pie junto al extremo del pobre lecho de hierro, con las manos sobre los barrotes. No hablaba, pero estaba palidísimo y Chandler le echó una inquieta mirada en dos ocasiones, temiendo que se desvaneciera. La comadrona sollozaba ruidosamente, pero el joven no le prestaba atención. Tenía los ojos fijos en su mujer y en su mirada se leía el mayor extravío. Parecía un perro al que hubiesen apaleado sin haber dado motivos para ello. Cuando Chandler y Philip hubieron guardado sus instrumentos, el primero se volvió hacia el joven. — Acuéstese un poco. Debe de estar usted rendido. —No tengo dónde acostarme, doctor —respondió con una voz humilde que producía pena. — ¿No hay ningún vecino que pueda ofrecerle a usted un colchón? No, doctor. —Están aquí desde hace sólo una semana —dijo la comadrona—. No conocen todavía a nadie. Chandler titubeó. Luego, acercándose al hombre, le dijo turbado: —Siento mucho lo que ha sucedido. Le tendió la mano, y el joven, tras echar una ojeada a la suya para ver si la tenía limpia, se la estrechó. —Gracias, doctor. Philip, a su vez, le apretó la mano. Chandler indicó a la comadrona que fuera a la mañana siguiente a su casa para buscar el certificado. A continuación los dos médicos salieron de la casa y se pusieron a andar en silencio. —Cuando uno no está todavía acostumbrado, estas cosas trastornan, ¿no es verdad? —dijo Chandler. —Un poco. —Si usted quiere, diré al portero del hospital que no le vaya a buscar más esta noche. —De cualquier modo, mi servicio concluye por la mañana a las ocho. —¿A cuántos partos ha asistido usted? —A sesenta y tres. —Perfectamente. Ahora tendrá usted ya su certificado. Llegaron al hospital; el doctor entró a ver si alguien tenía necesidad de él y Philip siguió su camino. El día anterior había hecho mucho calor y entonces se empezaba ya a notar la atmósfera pesada. La calle se hallaba tranquilísima. Philip no sentía ningún deseo de irse a la cama. Había terminado su servicio y no tenía ninguna necesidad de apresurarse. Feliz de gozar aquel silencio y la fresca brisa que corría, se dirigió al puente para contemplar el alba sobre el río. Un guardia que estaba en la esquina lo saludó; lo había conocido por la maleta. —Esta noche se le ha hecho tarde, doctor —le dijo. Philip asintió a ello y siguió adelante. Se apoyó sobre el parapeto y miró hacia Oriente. A aquella hora la gran ciudad parecía una ciudad de muertos. El cielo estaba sin nubes y las estrellas empezaban a palidecer ante la inminencia del alba. Sobre el río se extendía una ligera neblina y los grandes edificios de la orilla izquierda parecían los palacios de una isla encantada. Cerca de la orilla se agrupaban unas cuantas barcas. Iluminado por una luz violácea, irreal, todo lo que Philip veía parecía envuelto en una turbadora majestad; pero poco después las cosas empezaron a ponerse pálidas; amarillas, frías. Más tarde salió el sol y los rayos de oro irisaron el cielo. Philip no podía apartar de sus ojos la visión de la joven muerta, pálida y exangüe, y del joven que permanecía en pie junto al lecho, semejante a un animal herido. La desnudez de la mísera estancia hacía que la triste visión fuera más dolorosa todavía. Era triste que aquella jovencita se viera privada de vivir en el momento en que precisamente empezaba a hacerlo; pero mientras se decía esto Philip pensó en la vida que le hubiera tocado vivir: la miseria, la lucha por la existencia, la juventud arruinada por las privaciones y transformada en madurez precoz. Vio asimismo el hermoso rostro envejecido y pálido, los cabellos ralos y mustios, las manos nudosas y afeadas por la fatiga, parecidas a las garras de un viejo animal. Y más tarde, pasados los años, aparecerían para el marido las dificultades para encontrar trabajo, los salarios reducidos, la inevitable miseria de los últimos años. Por enérgica, trabajadora y económica que hubiera sido, nada habría podido salvarla. Al final de la vida le esperaba el asilo o la caridad de los hijos. Si la vida le ofrecía tan poco, ¿quién podía llorarla porque había muerto? Pero no era necesario sentir piedad. Philip se dio cuenta de que aquella gente no tenía necesidad de ella. No se lamentaban. Aceptaban su suerte. Estaba en el orden natural de las cosas. De no ser así, ¡Dios!, de no ser así habrían atravesado el río, seguros y tranquilos, hacia los grandes edificios con objeto de saquearlos y quemarlos. Pero el día, tierno y pálido, había abierto ya y la niebla envolvía todas las cosas en una dulce irradiación. El Támesis aparecía gris, rosa y verde; gris como la

madreperla y verde como el corazón de una rosa de té. Las escaleras y los depósitos del lado del Surrey se hallaban envueltos en una belleza inusitada. La escena era tan exquisita que el corazón de Philip empezó a latir con violencia. La belleza del universo le encantaba. Nada contaba junto a ella. 115. Philip estuvo en la clínica de urgencia las pocas semanas que faltaban para que comenzaran las clases de invierno y en octubre volvió a formar parte del servicio regular. Después de su larga ausencia, se encontraba, naturalmente, ante caras nuevas. Los estudiantes de cursos diversos no se conocían, por lo general, y los de la promoción de Philip habían acabado ya todos la carrera. Algunos de ellos se hallaban como ayudantes en hospitales de provincia y otros trabajaban en San Lucas. El cerebro de Philip había permanecido inactivo durante dos años y el descanso que tal circunstancia le proporcionó hacía que empezara ahora los estudios con mayor energía. Los Athelny se alegraron mucho del cambio de situación de Philip. Cuando vendió los objetos de su tío, el joven se reservó para sí algunos e hizo regalos a todos los miembros de aquella familia. Para Sally apartó una cadena de oro que había pertenecido a tía Louisa. Sally era ya una mujer y trabajaba en casa de una modista de Regent Street, donde iba todas las mañanas a las ocho para permanecer trabajando todo el día. La muchacha poseía unos hermosos ojos azules, frente amplia y una mata de cabellos dorados; era robusta, con caderas provocativas y pecho erguido. Su padre se divertía burlándose de ella y advirtiéndole continuamente que tuviera cuidado de no engordar demasiado. Sally era atractiva por su femineidad y por su aspecto sano. Tenía muchos admiradores, pero ella no se preocupaba de ninguno; parecía que consideraba el amor como una tontería, y de ahí que sus pretendientes pensaran que la muchacha era inaccesible o poco menos. En relación a su edad, se mostraba en extremo razonable; habituada a ayudar a su madre en el gobierno de la casa y en el cuidado de sus hermanitos había adquirido cierto aire autoritario, por lo que mistress Athelny solía decir que Sally era demasiado independiente. Hablaba poco, pero con los años iba adquiriendo un suave sentido del humorismo y, a veces, hacía comprender por medio de una observación que, bajo aquella placidez aparente, la muchacha sabía divertirse a costa de los demás. Philip jamás se mostraba con ella con la afectuosa intimidad con que aparecía ante los demás de su familia. En ocasiones aquella indiferencia le irritaba levemente. Pensaba que en Sally había algo enigmático. Cuando Philip le entregó la cadena de oro, Athelny, con su impetuosa manera de ser, insistió en que la muchacha le diera un beso; pero Sally se negó, enrojeciendo, y se apartó. — ¡Qué ingrata! — exclamó Athelny—. ¿Y por qué no quieres? — Porque no me gusta que me besen los hombres — respondió. Philip notó que Sally estaba turbada y, divertido, distrajo la atención de Athelny; lo cual no era nunca difícil. Pero, evidentemente la madre habló a la chica del asunto, pues durante la visita siguiente Sally aprovechó un momento en que se quedó sola con Philip para aludir al regalo. — ¿No pensó usted la semana pasada, cuando me negué a besarle, que yo era muy arisca? — Nada de eso — contestó riendo Philip. — Aquello no fue debido a falta de gratitud — enrojeció un poco al comenzar la frase ceremoniosa que había preparado—. Tendré siempre en mucha estima la cadena. Ha sido usted muy bueno regalándomela. Resultaba siempre un poco difícil conversar con Sally. La muchacha hacía todo lo que debía hacer, pero sin experimentar la menor necesidad de hablar. Un domingo Athelny y su mujer habían salido, y Philip, considerado como de la familia, estaba leyendo en el salón. Sally entró en él y se sentó a coser junto a la ventana. Los trajes de los niños se hacían en casa, y la muchacha no podía permitirse el lujo de permanecer los días de fiesta sin trabajar. Philip creyó que la muchacha quería charlar y dejó el libro. — Continúe leyendo — dijo Sally—. He venido a trabajar aquí porque estaba usted solo, pero no deseo charlar. — Es usted la persona más silenciosa que he conocido. — No tenemos necesidad de más charlas en casa. No había ninguna ironía en su tono. Era la simple comprobación de un hecho. Pero Philip se dio cuenta de que para ella su padre ya no era el héroe que había sido durante su infancia y comprendió que Sally asociaba en su interior la brillante conversación de su padre con la negligencia que a veces había hecho difícil la vida de la familia. Comparaba la retórica del padre con el sentido práctico de la madre, y la vivacidad de él, aunque la divertía, a veces la irritaba. Philip la miró inclinada sobre su trabajo. Era sana, fuerte, normal. Era grande el contraste de ella con las otras muchachas, de seno liso y rostro anémico. También Mildred era anémica. Algún tiempo después se supo que Sally tenía un pretendiente. Al salir algunas veces con varias compañeras de trabajo había conocido a un ingeniero electricista. Era un excelente partido. Un día la muchacha dijo a su madre que el joven le había pedido que se casara con él. — ¿Y qué le has respondido? — Le he respondido que no me corría ninguna prisa casarme — hizo una pausa, como tenía por costumbre, de una frase a otra—. Pero, como me ha parecido que mis palabras le disgustaban, le he dicho que podía venir el domingo a tomar el té. Para Athelny era una magnífica ocasión de representar su papel de padre noble. Ensayó durante todo el día ese papel hasta que los muchachos se fatigaron de tanto reír. Poco antes de la llegada del joven, Athelny sacó un fez egipcio e insistió en ponérselo. — ¡Quítatelo, Athelny! — dijo su mujer, que se había puesto de tiros largos, sacando del baúl un traje de terciopelo negro que se le había quedado estrecho, pues su cuerpo engordaba cada año—. Lo echarás a perder todo. Quiso quitárselo, pero el hombrecito se le escapó fácilmente de entre las manos. — ¡No me toques, mujer! Nada me obligará a quitármelo. Es

necesario demostrar a ese joven que la familia en la que se prepara a entrar no es de las vulgares. — ¡Déjale, mamá! —dijo Sally con su acostumbrada indiferencia—. Si a mister Donaldson no le gusta el sombrero puede retirarse, y tal día hará un año. A Philip le pareció que el joven iba a ser expuesto a una prueba en extremo dura, ya que Athelny, con su chaqueta de terciopelo castaño, la corbata negra flotante y el fez rojo, era realmente un espectáculo demasiado extraordinario para un pobre e inocente ingeniero electrotécnico. La visita fue acogida por Athelny con la orgullosa cortesía de un grande de España, y por mistress Athelny con su habitual sencillez. Se sentaron juntos a la antigua mesa, en los sillones monacales de respaldo rígido, y mistress Athelny sirvió el té en una tetera de loza brillante que ponía una campesina nota inglesa en la reunión. Sobre la mesa había pastelillos y mermelada hecha en casa. Un verdadero té de casa de labranza en aquella casa de aspecto señorial. Athelny, por Dios sabe qué fantástica razón, empezó a hablar de historia bizantina. Había leído recientemente los últimos volúmenes de Decadencia y caída de Bizancio, y con el índice abierto enfáticamente vertió en los oídos estupefactos del pretendiente a la mano de su hija la historia escandalosa de Teodoro e Irene. Abrumaba a su invitado con un torrente de palabras, y el joven, reducido al silencio e intimidado, asentía de vez en cuando para demostrar su interés. Mistress Athelny no intervenía en la conversación de su marido, pero le interrumpía alguna que otra vez para ofrecer al ingeniero otra taza de té o un pastelillo. Philip observaba a Sally. Permanecía sentada, con los ojos bajos, tranquila y silenciosa. Las anchas cejas sombreaban sus mejillas. Imposible decir si la escena la divertía o si el joven le gustaba. Era impenetrable. Pero una cosa resultaba cierta: el ingeniero era un muchacho guapo, rubio, con la cara afeitada, las facciones regulares y la expresión honrada; alto y bien formado. Philip pensó que podía ser un magnífico compañero para ella y experimentó un sentimiento de envidia ante la felicidad que pensaba le estaría reservada en el porvenir. De pronto el pretendiente se puso en pie para despedirse. Sally se levantó sin pronunciar una palabra y lo acompañó hasta la puerta. Cuando regresó, le dijo su padre: — ¡Bien, Sally! Tu joven pretendiente es simpatiquísimo. Estamos dispuestos a acogerlo en el seno de la familia. No queda más que publicar las amonestaciones y yo compondré un epitalamio. Sally empezó a quitar la mesa sin responder. De pronto se volvió hacia Philip. — ¿Qué piensa usted, mister Philip? Siempre se había negado a llamarle «tío Philip», como hacían los otros muchachos, y no quería llamarle sólo Philip. —Me parece que formarían ustedes una bella pareja. Le lanzó una rápida mirada y ella enrojeció ligeramente, volviéndose a ocupar en su trabajo. —Me ha parecido muy bien educado —dijo mistress Athelny—. Parece a propósito para hacer feliz a una mujer. Durante un minuto o dos Sally no respondió, y Philip la miró con curiosidad. Quizá reflexionaba sobre lo que su madre le había dicho o quizá estaba en la luna. — ¿Por qué no respondes cuando se te habla, Sally? — preguntó su madre enfadada. —Me ha producido el efecto de un necio. —Entonces, ¿no le quieres? —No. —No sé qué esperas —añadió secamente mistress Athelny—. Es un muchacho con todas las de la ley y podrá hacerte una vida cómoda. ¡Somos ya tantas bocas aquí! Cuando se presenta una ocasión como ésta es una tontería no aprovecharla. Me figuro que incluso podrías tener una criada para los trabajos más pesados. Philip no había oído nunca a mistress Athelny hacer una alusión tan directa a las dificultades de la vida. Por lo visto su sueño era ver colocados a todos sus hijos. —Inútil insistir, mamá —dijo Sally con su calma acostumbrada—. No me casaré con él. —No tienes corazón. Eres cruel y egoísta. —Si quieres que me gane la vida, mamá, puedo meterme a criada. —No digas estupideces. Sabes perfectamente que tu padre no te lo permitiría. Philip tropezó con la mirada de Sally y le pareció ver en ella un relámpago de alegría. ¿Qué diversión podía haber encontrado en aquella conversación? Verdaderamente era una muchacha muy extraña. (6009 oxfordshire rd waxhaw nc).

Audiolibro Servidumbre

Humana W Somerset Maugham
Cap Tulos 107 Al 115

>>>Haga Clic Aquí<<<

<https://Ensayo.icu>